

sexualidad

en Varones Rurales Tabasqueños



Gerson Negrín Nieto

Fluidez sexual en varones rurales tabasqueños

GERSON NEGRÍN NIETO



Ediciones Comunicación Científica se especializa en la publicación de conocimiento científico de calidad en español e inglés en soporte de libro impreso y digital en las áreas de humanidades, ciencias sociales y ciencias exactas. Guía su criterio de publicación cumpliendo con las prácticas internacionales: dictaminación de pares ciegos externos, autenticación antiplagio, comités y ética editorial, acceso abierto, métricas, campaña de promoción, distribución impresa y digital, transparencia editorial e indexación internacional.

Cada libro de la Colección Ciencia e Investigación es evaluado para su publicación mediante el sistema de dictaminación de pares externos y autenticación antiplagio. Invitamos a ver el proceso de dictaminación transparentado, así como la consulta del libro en Acceso Abierto.



www.comunicacion-cientifica.com

[DOI.ORG/ 10.52501/cc.065](https://doi.org/10.52501/cc.065)




**COMUNICACIÓN
CIENTÍFICA** PUBLICACIONES
ARBITRADAS
HUMANIDADES, SOCIALES Y CIENCIAS

CC+
COLECCIÓN
**CIENCIA e
INVESTIGACIÓN**

Fluidez sexual en varones rurales tabasqueños

GERSON NEGRÍN NIETO



Negrín Nieto, Gerson

Fluidez sexual en varones rurales tabasqueños / Gerson Negrín Nieto. — Ciudad de México : Comunicación Científica, 2023. — 107 páginas. — (Colección Ciencia e Investigación).

ISBN 978-607-59500-0-6

DOI 10.52501/cc.065

1. Identidad sexual — Tabasco. 2. Hombres — Conducta sexual — Tabasco. I. Título. II. Serie.

LC: HQ18.M4

Dewey: 305.310.972

D.R. Gerson Negrín Nieto, 2023

Primera edición en Ediciones Comunicación Científica, 2023

Diseño de portada: Francisco Zeledón • Interiores: Guillermo Huerta

Ediciones Comunicación Científica S.A. de C.V., 2023

Av. Insurgentes Sur 1602, piso 4, suite 400

Crédito Constructor, Benito Juárez, 03940, Ciudad de México,

Tel. (52) 55 5696-6541 • móvil: (52) 55 4516 2170

info@comunicacion-cientifica.com • www.comunicacion-cientifica.com

 comunicacioncientificapublicaciones  @ComunidadCient2

ISBN 978-607-59500-0-6

DOI 10.52501/cc.065



Esta obra fue dictaminada mediante el sistema de pares ciegos externos.
El proceso transparentado puede consultarse, así como el libro en acceso abierto,
en <https://doi.org/10.52501/cc.100>

Publicación financiada con recursos PRODEP 2021

Índice

<i>Resumen</i>	9
<i>Introducción</i>	11
<i>Hurgando en trabajos previos.</i>	13

PRIMERA PARTE SEXUALIDAD E IDENTIDAD MASCULINA

I. ¿Se nace varón?	21
Las esferas de la sexualidad: sexo, género y orientación sexo-erótico-afectiva	22
Identidad como aspecto individual	27
Identidad como aspecto de grupo.	28
II. Construcción sociocultural de la masculinidad	31
¿Qué es ser hombre?	32
Construcción de la masculinidad desde la visión de Godelier	35
Nuevas masculinidades	37
III. Hacia una definición de fluidez sexual	41
La fluidez sexual en la práctica coital	45
HSH (Hombres que tienen sexo con hombres	46
Bud sex: Hombres hetero que tienen relaciones sexuales con otros hombres	47
Hetero-flexibles	48
Cash-sexuales: Hombres hetero que cobran por tener relaciones sexuales con otros hombres	49
Chacales y mayates	49

¿Fluidez sexual en la orientación sexo-erótico-afectiva?	52
Fidelidad y prostitución	55

SEGUNDA PARTE
ACTITUDES DE VARONES RURALES TABASQUEÑOS
HACIA LA FLUIDEZ SEXUAL

IV. Los sujetos y su terruño	61
Donde abundan los jaguares.	62
Ellos, los informantes	64
V. La fluidez sexual en voz de los oxolotecos	69
La sexualidad y su percepción entre hombres rurales	69
Sexualidad e identidad.	72
¿Masculinidad o masculinidades?	
Roles y estereotipos en hombres rurales	74
Actitudes hacia la homosexualidad	77
Atisbos de homofobia y transfobia	80
Actitudes hacia la fidelidad	82
Actitudes hacia la fluidez sexual.	85
El coqueteo (y algo más) con los primos	90
¿Y en verdad es pecado?	92
¿Qué tanto es <i>tantito</i> ?	94
Gerardo y sus máscaras	96
 <i>A propuesta de cierre... ¿temporal?</i>	 99
<i>Referencias</i>	103
<i>Sobre el autor</i>	108

Resumen

Este trabajo se configura por dos apartados. El primero, a un nivel teórico, intenta responder el qué y el porqué del camino emprendido para describir las actitudes y el comportamiento de varones que, de una u otra manera, se vinculan sexual, erótica y hasta emocionalmente con otros hombres, sin necesariamente identificarse como homosexuales. Así, se desprende una investigación de corte cualitativa para acercar una realidad en un contexto rural en el estado de Tabasco, México. La segunda parte es una invitación a recorrer —desde las narrativas de los protagonistas— esas vivencias que, en múltiples ocasiones, se callan por el miedo al rechazo y al ser etiquetados como “anormales” en una sociedad imperativamente *doble-discursera*, que apela a calificar de pecaminoso todo lo asociado a la sexualidad humana. Generacionalmente, se podría asegurar que los varones *millennials* en sus prácticas sexo-erótico-afectivas han ejercido la fluidez sexual, aunque no siempre se valide esta realidad. Se deja, entonces, abierta una ventana para continuar explorando los comportamientos y actitudes respecto a la sexualidad fluida en hombres rurales.

Palabras clave: género, masculinidades, sexualidad.

Introducción

Ideas, el inicio de todo proceso de investigación que ha llevado al descubrimiento, a construir, a compartir información. Desde las experiencias compartidas por hombres rurales, se crea esta propuesta que busca abonar a los estudios de género y de las masculinidades. Tras haber indagado, ahora se busca dar a conocer los hallazgos en este material que se configura en dos partes. La primera, a un nivel teórico, intenta responder el qué y el porqué del camino emprendido para describir las actitudes y el comportamiento de varones que, de una u otra manera, se vinculan sexual, erótica y hasta emocionalmente con otros hombres sin necesariamente identificarse como homosexuales. La segunda es una invitación a recorrer —desde las narrativas de los protagonistas— esas vivencias que, en múltiples ocasiones, se callan por miedo al rechazo y a ser etiquetados como “anormales” por parte de una sociedad imperativamente *doble-discursera* que califica de pecaminoso todo lo asociado a la sexualidad humana y a las prácticas que se salen de los moldes tradicionales basados en el binarismo de género.

Existen posturas de que todo ser humano nace bisexual, y no se pretende demostrar o refutar aquí dicha afirmación, sino determinar qué piensan y dicen los hombres rurales entre los 20 y 40 años respecto a los comportamientos no heterosexuales y a otros conceptos asociados a la sexualidad; también se busca contrastar si esos discursos son coherentes con las prácticas sexuales en su realidad.

Buscar explicar la sexualidad requiere de diversos campos del conoci-

miento, porque están implícitos diversos factores asociados a esta inherente vitalidad del ser humano. Distintos aspectos buscan conformar esta estructuración donde se mezclan la biología, la psicología y variadas disciplinas sociales y humanísticas. La sexualidad es la estructura integral de factores denominados sexo, género y orientación sexo-erótico-afectiva, que conducen a dar forma a la identidad en cada individuo.

Respecto al género, existen distintas miradas que buscan conceptualizar y teorizar para responder cómo socialmente se le otorgan cualidades a esta función inherente a la sexualidad, con la cual se da una especie de guía conductual al ser humano, respecto al contexto y al tiempo en que se encuentra conviviendo en determinado grupo social.

Marcela Lagarde (1996) asegura que la perspectiva de género “reconoce la diversidad de géneros y la existencia de las mujeres y los hombres, como un principio esencial en la construcción de una humanidad diversa y democrática” (p. 1). Esa riqueza diversa propicia, entonces, la comprensión de la sexualidad desde distintas realidades y con argumentos disímiles respecto a cómo se define y clasifica el concepto, hasta cómo se asocian a las prácticas y discursos en los grupos sociales.

Tras las primeras ideas, se prosiguió a establecer una propuesta formal del estudio que aterrizó en relacionar los discursos y las prácticas sexuales, eróticas o afectivas en varones rurales que posiblemente —al configurar su sexualidad— tuvieron vínculos con otros hombres. También resultó de interés determinar si dichas situaciones homoeróticas o bisexuales, en sus primeros descubrimientos sexuales, permanecieron o se modificaron en su vida adulta, así como describir si estos patrones fueron modificados en función de su orientación sexo-erótico-afectiva o sólo por imposición moral y social.

Los discursos de muchos hombres se basan en aspectos relacionados con su sexualidad, donde impera el poder sobre otros al expresar su virilidad como una manera de superioridad y de control. Sin embargo, en las prácticas de su descubrimiento sexual, esos hombres pudieron tener contacto con otros hombres, sin considerarse homosexuales ni bisexuales, sino sólo como una etapa de experimentación. O bien, algunos con prácticas netamente homosexuales, por presión familiar y social, deciden optar por casarse con una mujer y llevar una doble vida sexual.

Acorde con los hallazgos, se ofrece un panorama reciente relacionado con los estudios de la sexualidad humana, pero desde una perspectiva subjetiva de los informantes y no como estadística. El qué, por qué y cómo fueron aspectos esenciales por responder respecto a la diversidad de comportamientos sexuales en hombres rurales, más que enumerar cantidades. El reto es naturalizar este tema que todavía es complicado de hablar en las sociedades contemporáneas. Además, con estos resultados se contribuye a ofrecer otras alternativas de pensamiento, a cuestionar las enseñanzas catalogadas como adecuadas o aceptables para el bienestar moral de la sociedad. Naturalizar y evidenciar la fluidez sexual en las prácticas cotidianas de los hombres rurales servirá para ayudar en los procesos de reaprendizaje de uno de los muchos aspectos que conforman la masculinidad, así como para visibilizar otras formas de relación fuera de la heteronormatividad.

Hurgando en trabajos previos

Alfred C. Kinsey fue uno de los pioneros en estudiar el comportamiento sexual de las personas de manera cuantitativa y ofreció hallazgos importantes para el siglo xx, además de que revolucionó a la sociedad al develar cifras acerca de conductas y prácticas asociadas a las relaciones sexuales tanto en hombres como en mujeres. Sus estudios se centraron en los Estados Unidos de América y de ahí han surgido investigaciones para comparar, demostrar y hasta contrastar los resultados. Ya en el siglo xxi —en una época donde la tecnología ha propiciado la apertura a la información y que ha generado fenómenos como la transculturación— es necesario determinar si las ideas conservadoras respecto a la sexualidad han cambiado o todavía persisten.

Así, se ha indagado la sexualidad desde sus diversas esferas y con enfoques variados. Se pueden mencionar algunos estudios relacionados (Álvarez y Camacho, 2013; Aluma-Cazorla, 2012; Balbuena, 2014; Cacho, 2008; Careaga Pérez, 2003; Castañeda, 2006, 2011; Cuevas, 2014; Fernandes, 2014; González, 2008; Lamas, 2013; Martel, 2013; Moral, 2011; Mueses, Tello y Galindo, 2017; Núñez, 2015; Pérez, 2017; Restrepo, 2017; Rodríguez, 2017; Roughton, 2002; Speddingy Vichevich, 2016; Uribe, 2014;

Vázquez, 2012], pero para efectos de la investigación, se reseñan los que resultaron de interés por la temática abordada.

Rodríguez (2017) elaboró un estudio cuantitativo con el objetivo de medir los niveles de homofobia y lesbofobia por parte de estudiantes del área de Trabajo Social, a través de una escala que fue aplicada a 150 sujetos. Plantea un abordaje de cómo la sociedad recurre a las jerarquías desde donde forma y refuerza la exclusión social. Una de esas divisiones donde se crean categorías de superioridad e inferioridad son las orientaciones sexuales, donde las personas heterosexuales asumen niveles de estigmatización sobre aquellos que no se circunscriben en la heteronorma.

La homofobia y la lesbofobia hacen referencia a un principio ideológico, una actitud negativa, una aversión, un rechazo, una intolerancia o un temor. Así como un sistema de creencias y valores, sentimientos y pensamientos, fundamentados por el hecho de discernir social y culturalmente del modelo heterosexista hegemónico. [Rodríguez, 2017]

Se trata de un estudio de tipo instrumental empírico-descriptivo a través de una encuesta por muestreo no probabilístico discrecional de voluntarios. Las variables de análisis utilizadas fueron cuatro: (i) sexo, (ii) ideología política, (iii) creencias religiosas y (iv) semestre. Dentro de los resultados se pueden citar los siguientes:

- 1) Se identifica un mayor nivel de rechazo hacia las lesbianas en todas las tipologías de homofobia analizadas (total, personal, cambiabilidad e institucional).
- 2) Quienes se identifican con la derecha registran mayores niveles de homofobia y lesbofobia.
- 3) Se observa que los y las estudiantes de los distintos cursos registran mayores niveles de lesbofobia que de homofobia.

Ralph Roughton (2002) diseñó un proyecto orientado a medir la homosexualidad y bisexualidad a nivel histórico. Aunque es del área de la psicología y la psiquiatría (psicoanálisis clínico) es relevante porque hace uso de la metodología del estudio de caso y de manera continua, al grado

que se expone —desde cuatro historias de hombres, para explicar el proceso de la homosexualidad y la bisexualidad— bajo el argumento sólido que tanto hombres como mujeres con una orientación distinta a la heterosexual son completamente sanos. El autor apela a generar teorías más nuevas que sustituyan las erróneas que muchos —previo a los años 60 e incluso en la época reciente— aún consideran como válidas respecto a estos temas. Refleja las experiencias de hombres que buscaron ayuda por las dudas respecto a su sexualidad, en diferentes tiempos, pero con un común: las relaciones y la intimidad con otros hombres y cómo afrontaron esos impulsos.

Otro estudio fue el realizado por Restrepo (2017), en España, para determinar las experiencias sexuales de hombres colombianos que migraron a España. Aunque esta investigación se enmarca en la sociología, resulta de interés por la metodología empleada (cualitativa) a través de la entrevista a profundidad, porque una de sus categorías es la identidad sexual de hombres latinoamericanos y cómo la migración ha reconfigurado su constructo ideológico hacia la sexualidad. Sus informantes fueron seleccionados bajo la técnica bola de nieve y, en su mayoría, fueron hombres entre los 18 y 27 años, todos colombianos y que han migrado por cuestiones laborales o académicas. En datos de educación, la mayoría contaba con bachillerato y estudios universitarios.

Dentro de los resultados se encontró que tres de esos 34 hombres entrevistados ejercen la prostitución por la situación laboral en España. Además, un estereotipo asociado a hombres latinos es que se dedican al trabajo sexual. Asimismo, la independencia sexual es un factor que propició la migración de algunos de esos hombres, incluso, fueron apoyados por otros amigos en igualdad de condiciones (gay y bisexuales). El autor argumenta: “la educación se convierte en una ‘excusa’ para adquirir otro tipo de experiencias personales que pueden estar vinculadas con la identidad de género o la orientación sexual de quien migra” (Restrepo, 2017, p. 209). De igual manera, afirma que se ha generado la migración porque en España hay mayor tolerancia a la homosexualidad y bisexualidad.

También en España, Gasch-Gallén (2016) realizó un estudio denominado “Las prácticas de riesgo entienden de género. Masculinidades y prácticas de riesgo en hombres que tienen sexo con hombres”. Éste se centra en definir las prácticas de riesgo a la que se exponen hombres que tienen rela-

ciones sexuales con otros hombres. Las ubica en un contexto urbano donde, gracias al Internet y a las redes sociales, se pueden generar situaciones como encuentros sexuales con mayor facilidad, así como la práctica del *bareback* (relaciones sexuales sin protección). El estudio recurre a analizar los lugares de interacción, el consumo de sustancias e incluso los tipos de pareja sexuales que tienen estos hombres. Se trata de un proyecto de investigación amplio, pues contempla un objetivo ambicioso:

Describir el estado de la cuestión sobre el estudio de las masculinidades en HSH (hombres que tienen sexo con hombres) y su relación con la realización de prácticas de riesgo; identificar las percepciones sobre las prácticas de riesgo en HSH y sus condicionantes, así como la adecuación de las campañas de prevención dirigidas a estos colectivos en España y sus mensajes. Por último, analizar la asociación entre la realización de prácticas de riesgo en HSH, según tipo de pareja, variables socioeconómicas y situación de convivencia; analizar la validez del cuestionario BSRI (Inventario de los Roles de Sexo de Bem) y estudiar la asociación entre el rol género y la realización de prácticas de riesgo en HSH. [Gasch-Gallén, 2016]

Dentro de los resultados del estudio se encontraron desigualdades en la distribución de estereotipos, así como la influencia del aspecto socioeconómico en las prácticas sexuales catalogadas como “de riesgo”, así como los significados asociados con éstas. Como una de sus conclusiones, menciona: “La realización de prácticas de riesgo obedece a las exigencias de género y del modelo de masculinidad hegemónica en HSH y van más allá de las situaciones económicas, de edad, origen, estudios y convivencia” (Gasch-Gallén, 2016).

En tanto, en México, Franco-Morales, Correa-Molina, Venet y Pérez (2016) realizaron una indagación cuantitativa. A continuación se reproduce un resumen del mismo:

Examinar las relaciones entre las actitudes del futuro personal docente hacia la homosexualidad y bisexualidad y sus conocimientos sobre roles sexuales, comportamientos sexuales y realidades de jóvenes homosexuales y bisexuales. Una muestra de 114 universitarios en educación respondió un cuestionario

rio para identificar sus conocimientos y actitudes. Los resultados de los análisis descriptivos evidencian que la muestra tiene poco conocimiento sobre los temas evaluados y una actitud “ni positiva ni negativa” hacia la homosexualidad y bisexualidad. Además, los resultados de los análisis de correlación establecen una relación positiva entre las actitudes y los conocimientos aquí tratados. El presente estudio aporta nuevas pistas para optimizar los programas de formación docente a fin de luchar contra la discriminación y la intimidación del estudiantado homosexual y bisexual. [pp. 135 y 137]

Por su parte, Díaz-Benítez (2013) narra sus experiencias de cómo afrontar una investigación donde se aborda el tema de la sexualidad. Se considera de utilidad, aunque no se centra en un solo estudio sino sobre todo en consejos, desde la antropología, sobre cómo debe realizarse la observación participante cuando se realiza una investigación etnográfica. La autora habla de experiencias sexuales donde estuvieron inmersos hombres, además, hace referencia a otros estudios donde se ha aplicado la etnografía como vía metodológica para cuestionar las prácticas sexuales. Relata una experiencia personal vivida cuando realizaba dos investigaciones: en un set de películas pornográficas y en un cuarto oscuro de una discoteca, donde hombres realizaban prácticas homoeróticas, ambas en Brasil. En las dos empleó la observación participante como técnica de indagación. Aunque la autora hace referencia a otros estudios relacionados con prácticas sexuales, hace hincapié en que se han abordado con otras técnicas, incluidas las entrevistas, que fue la adoptada en esta investigación.

La investigadora también habla sobre los sentimientos que pueden surgir en el desarrollo de un proyecto, como el pudor e incluso el deseo sexual, los cuales deben reprimirse para no afectar la investigación, así como del estatus que las personas pueden representar en determinadas circunstancias. Al tiempo, apela a la invisibilidad que en ocasiones el investigador debe asumir cuando realiza observación participante. Demanda, además, al profesionalismo con el cual dirigir las investigaciones, incluso en situaciones que pueden provocar vergüenza para las personas, así como poner atención a los gestos y movimientos corporales para determinar qué dicen respecto a la información que se busca obtener.

PRIMERA PARTE

SEXUALIDAD E IDENTIDAD MASCULINA

I. ¿Se nace varón?

Por mucho tiempo se ha dicho que lo natural en cualquier vida es reproducirse, y todavía hay personas a quienes pareciera que esta regla debería ser la única por la cual regirse, al referirse al plano de su sexualidad, cuando este concepto no está limitado sólo a la postergación de la especie, aunque forme parte de ella. Cada ser humano tiene cualidades que le otorgan características diferenciadoras, pero también comparten componentes comunes con otras personas, sin obviar el reconocimiento jurídico de igualdad que no es objeto del presente estudio.

Este apartado se centra en nombrar y presentar la concepción de la sexualidad y sus componentes, y cómo se corresponden con la identidad como factor individual, pero también colectivo, pues es parte del proceso que configura la masculinidad como una dimensión del género, y, en consecuencia, es la base para los estudios, como en el presente caso, que pretende establecer la relación entre las actitudes y el comportamiento de hombres rurales respecto a la fluidez sexual.

Así, este capítulo presenta un escenario de cómo se gesta la sexualidad humana y su interrelación con la forja de las identidades que construyen al sujeto y sus representaciones, específicamente en aquello que se nombra varón.

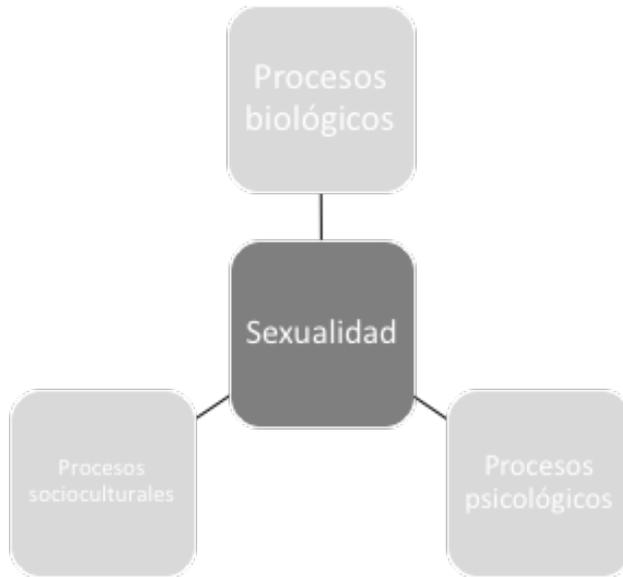
Las esferas de la sexualidad: sexo, género y orientación sexo-erótico-afectiva

El cuerpo, por mucho, se ha caracterizado por ser el único medio para clasificar y definir a las personas. Tradicionalmente, y pareciera que en pleno siglo XXI se insiste en mantener esta dicotomía: se es hombre y mujer. Pero, ¿cómo se da esta clasificación?

El cuerpo es el instrumento que permite expresar, es un discurso con el cual se transmiten ideas, posturas, poder, o un espacio político privilegiado (Foucault, citado por Lagarde, 2014, p. 170)... que debe ser visto y leído. La materialización de las representaciones se logra con el cuerpo. Esas valoraciones y conceptualizaciones que cada ser humano desea transferir se hacen patentes, empleando la corporeidad en una sociedad donde se tiene “una cultura sexual y falocéntrica”, expresa Núñez (2015, p. 38), donde el cuerpo “en sí entraña ciertas posibilidades de goce y de interacción con el mundo” (Núñez, 2015, p. 39). Y ese utensilio es usado casi siempre para marcar la división binaria de las personas, sin considerar más aspectos que favorecen la diversidad.

La sexualidad se desarrolla por diversos procesos que interactúan entre sí. No se limita sólo a lo biológico, como se argumenta en múltiples ocasiones. Vargas-Trujillo (2007) presenta la configuración a través de los procesos biológicos, socioculturales y psicológicos, de los cuales surgirán los conceptos que son más conocidos: sexo, género y orientación sexo-erótico-afectiva. (Esta configuración se representa con la figura 1.)

La sexualidad se caracteriza por la división genérica antagónica del mundo, del trabajo, de las actividades creadoras, del tiempo y del espacio, de los lenguajes, por la relación distinta de los géneros con lo sagrado y con el poder, por su participación en los ritos y en el mundo profano [...] La sexualidad en nuestra cultura está estructurada socialmente por la exogamia, cuya base es el tabú del incesto amplio (de clase) o restringido (padres, hijos, hermanos), según el caso, así como por normas de endogamia, que permiten la reproducción de otros grupos como las clases sociales y los subgrupos de clase o culturales. (Lagarde, 2014. p. 168)

FIGURA 1. *Triángulo de la sexualidad*

FUENTE: Elaboración propia con base en la propuesta de Vargas-Trujillo (2007).

A lo largo de la historia humana se ha clasificado a las personas de dos maneras: hombres y mujeres. Sin embargo, en la actualidad ya no sólo se habla en esa dicotomía. Ahora también las personas intersexuales con sus diversidades están consideradas en la categorización. Esta división “natural” se basó en los estudios de las ciencias, donde todas las especies animales —pensando en la reproducción— se dividían en machos y hembras. Es decir, no cabían más formas, pese a que la misma naturaleza ha mostrado sus múltiples variaciones, es decir, el dimorfismo sexual. Este binarismo se ha ido superando, aunque con pasos pequeños, pues a nivel civil, político, democrático, es imposible prácticamente tener el reconocimiento de las personas intersexuales, porque en las sociedades persiste la idea que sólo existen dos maneras de clasificar a las personas, aunado a toda la carga ideológica y moral respecto a lo que se sale de los parámetros hegemónicos (lo “normal”, como se insiste en llamar).

Así, se tiene este primer proceso de la sexualidad, donde impera la biología y sus elementos asociados, que marcarán la diferenciación sexual. Primordialmente, la diferencia dicotómica se realiza a partir de la genitali-

dad, es decir, el cuerpo sexuado. Aunque el cuerpo en sí se configura por diversidad de órganos, así como otros elementos biológicos que van a marcar la diferenciación y que se empiezan a desarrollar en la gestación, al final la apariencia del cuerpo es lo que dicta quién es hombre y quién es mujer. Estos procesos biológicos son lo que se denomina sexo. Así, cuando se observa que el cuerpo tiene características sexuales primarias denominadas pene y escroto, en automático se le asigna la categoría de varón. Por el contrario, si la apariencia de la zona genital se conforma por una vulva se le define como hembra. Es decir, las personas no consideran ni los órganos sexuales internos ni los cromosomas para establecer a qué sexo (en la dicotomía tradicional) corresponde dicho organismo.

En algunos casos es complicado diferenciar los órganos sexuales externos. En estas situaciones, lejos de respetar la intersexualidad del cuerpo, por convenciones morales se le asigna un sexo a partir de una evaluación y de la práctica de una cirugía, violentando el derecho a una identidad, evidenciándose una vez más la hegemonía machista que prevalece en las sociedades.

Esta distribución permite a cada persona tener cualidades que les otorgará un carácter único, pese a que se compartan características que pudieran ser genéricas, por ejemplo, que todos los hombres, biológicamente, tienen pene, pero que éste no será idéntico en la totalidad de varones. Pese a que su funcionalidad y estructura sea común, su morfología no lo es.

Establece Elvia Vargas-Trujillo (2007) que el desarrollo de la sexualidad en una persona se marca al nacer a través de lo que ella denomina sexo asignado, y que es decisivo para determinar el sexo de crianza. Esta decisión va a marcar la configuración de la identidad individual y colectiva, pues a partir de ese momento la formación estará definida por los roles y estereotipos socioculturales en que se desenvolverá cada ser humano.

Así, se llega al concepto de género o a los procesos socioculturales, es decir, aquellas pautas marcadas por las culturas para “llegar a ser” hombre o mujer como espera la sociedad. Esos arquetipos dictaminan cómo las familias criarán y formarán a las mujeres y hombres para ser femeninas y masculinos, respectivamente. El género se define entonces como una construcción social, aunque también como una elección, como afirma Butler cuando expresa que “no sólo estamos construidos cultural-

mente, sino que en cierto sentido nos construimos a nosotros mismos” (2015, p. 307). Así, el cuerpo vuelve a tomar significados, ahora culturales, que pudieron ser trasladados desde quienes influyeron en su configuración, como en esos que se decidieron para moldearlo. Por esa afirmación, puede asegurarse que el género no es estático, sino que está en un constante dinamismo, porque “sus características son específicas de cada cultura, cambian con el tiempo y las aprendemos [*o se eligen*] al interactuar con otros miembros de la sociedad” (Vargas-Trujillo, 2007, p. 12; cursivas nuestras). Es decir, una persona no se encontrará toda su vida fija a un espacio, recibiendo los mismos estímulos, sino que al socializar con otros y en diversos ámbitos, percibe y toma ciertas pautas que continuarán moldeando su ser y su hacer.

Marcela Lagarde (2018) asegura que el género no se reduce a una categoría sino que “es una teoría amplia que abarca categorías, hipótesis, interpretaciones y conocimientos relativos al conjunto de fenómenos históricos construidos en torno al sexo” (p. 28). Y cuando se habla de género, nuevamente se cae en un binarismo donde sólo existe lo masculino y lo femenino que se patentará en la identidad y en la expresión de género. Es decir, las pautas que se salgan de ese entramado no serán “normales” para la sociedad. Sin embargo, al ser procesos dinámicos, las mismas personas provocan rupturas a esos patrones tradicionales y se van gestando nuevas manifestaciones socioculturales; por lo cual, podría hablarse de géneros o —como se ha marcado en la época contemporánea— se adopta la conceptualización del género no binario.

La influencia que ejercen las cosmovisiones de género —como denomina Lagarde (2018) a las diversas representaciones socioculturales— no están iniciadas en el mismo tiempo, sino que provienen de distintos orígenes. Ello provoca que cuando una persona modifica su personalidad, en consecuencia, se transforma ese entramado denominado género, porque las clasificaciones para definir a las mujeres y hombres también cambian favoreciendo la diversidad sociocultural. Así, la masculinidad y la femineidad se centran en el “acceso a los bienes reales y simbólicos, el acceso al trabajo y a las otras actividades creativas” (Lagarde, 2014, p. 168). En síntesis, *género* podrá concebirse como un atributo donde convergen aspectos sociales, históricos, culturales y geográficos, para asignar —a niños, niñas, mu-

jeros y hombres— las pautas de comportamiento y la definición de cómo ejercer el trato según su sexo.

Aunque en la sexualidad convergen el sexo, el género y la orientación sexual, esta última pareciera ser que no es relevante en el proceso de crianza, porque se asume desde el nacimiento que a quién se le designa como varón crecerá como hombre heterosexual o como un macho, como se nombra en algunas latitudes. Es decir, en el seno familiar no se plantea la posibilidad de preparar a las y los infantes para conducirse como homosexuales, como lesbianas, como bisexuales. Más bien, el proceso se centra en guiarles en el sendero de la heterosexualidad, “lo normal”, como afirman muchas personas que se resisten a reconocer la diversidad sexual que se manifiesta incluso desde la primera infancia.

Los procesos psicológicos —como denomina Vargas-Trujillo (2007) a este tercer vértice del triángulo de la sexualidad, propuesto en la figura 1— incluyen las cogniciones, las motivaciones, las emociones y los comportamientos que permitirán organizar, cuestionar y transformar la identidad. Para clarificar cada uno de esos procesos, se reproducen las definiciones que da dicha autora:

Las cogniciones incluyen, entre muchas otras cosas, las creencias, las ideas, las opiniones, los conocimientos, las expectativas y las valoraciones que vamos construyendo a lo largo de la vida sobre lo que significa ser hombre o ser mujer y todos los asuntos que atañen al dominio sexual [...] Las motivaciones hacen referencia a las condiciones o a los factores que mueven a las personas a actuar, las cuales pueden estar determinadas por las necesidades fisiológicas o por necesidades psicológicas [...] Las emociones son reacciones que se producen de manera instantánea ante determinados eventos internos o externos y que implican una serie de cambios físicos, cognitivos y comportamentales [...] Los comportamientos hacen referencia a las expresiones o manifestaciones que son observables. Expresa la manera como nos vemos, lo que necesitamos, lo que sentimos y lo que pensamos. Así, en el plano sexual, se tendrán comportamientos autoeróticos y socio eróticos. (Vargas-Trujillo, 2007, pp. 15, 16 y 19)

Esa configuración de la personalidad será un factor determinante en la identidad, es decir, en el autoconcepto y en lo que se percibe por los demás, respecto a un individuo, lo cual puede ser coherente o no con la construcción sobre sí mismo. En síntesis, todos esos elementos asociados a la biología, a las cuestiones psicológicas y socioculturales configuran aquello que se denomina sexualidad, y que se convierte en factor determinante en el establecimiento de las identidades en las personas, en el caso de los varones. Pero esa afirmación llevaría a la pregunta ¿cómo se constituye una identidad?

Identidad como aspecto individual

Identidad —ese constructo que obliga a la toma de conciencia desde el autoconocimiento— ha sido abordado desde distintos enfoques y en diversos tiempos. Balbuena comenta que este proceso permite a una persona “determinar sus semejanzas y sus diferencias estableciendo las proximidades y las lejanías, sus nexos con los demás” (2014, p. 77), y esa manera de asumir *el Yo* se logra a través del uso de la lengua, vinculado a otros factores culturales (Zafra y López, 2009, p. 71).

Así, desde el entorno y gracias a la interacción, una entidad —desde el sentido filosófico— se apropia de diversos elementos culturales con los cuales construye esa relación que le define (autoconocimiento), pero que también se percibe por los otros, ofreciendo una diferenciación personal al asumir un rol. Aprender a ser varón no es un asunto natural o biológico, sino que están implícitos los procesos enmarcados en las realidades contextuales y temporales, así como el conjunto ideológico transmitido a través de las relaciones humanas. Es decir, se establecen las estructuras en el ser y el estar que definen el pensar, el sentir y el vivir desde una corporalidad (Salguero y Alvarado, 2017).

Además, el cuerpo constituye un primer elemento en el establecimiento de la identidad, pues, aunque existan características comunes para definir al hombre a partir de lo biológico, lo cierto es que los cuerpos son diversos ya sea en tamaños, formas, pigmentos en la piel, lo cual ofrece una riqueza amplia. Y así como no hay un estándar corporal, en el aspecto so-

ciocultural y psicológico no se puede hablar de que la totalidad de hombres poseen una identidad única.

El reconocimiento y la pertenencia es parte del proceso de autorreconocimiento identitario donde confluyen construcciones sexo-genéricas, asociadas a los contextos socioculturales. Es decir, el aspecto físico no es el único determinante para marcar la identidad individual. En las sociedades, están presentes los roles y estereotipos de género que se moldean a partir de lo que se concibe como natural y se asignan como las expectativas que debe cumplir cada sexo, marcando diferencias sociales. Así, se presentan los aspectos subjetivos y el deseo (Montesinos, 2002) que configuran una idiosincrasia cultural y que van a dar paso a una identidad colectiva fortalecida por las representaciones, simbolismos, prácticas y normas a partir de la interacción social.

Identidad como aspecto de grupo

Poseer una identidad permite la diferencia individual y, al mismo tiempo, ser parte de un colectivo o un grupo que contribuya a marcar una línea entre un “nosotros” y los “otros”, lo cual se logra al compartir determinados rasgos culturales distintivos (Giménez, 2009). Así, una persona poseerá diversas características asociadas a su pensamiento, simbolismos, sus valores, las creencias, tradiciones, los prejuicios, incluso. Y todo ello se manifiesta a través del lenguaje, y son características compartidas con los otros al convivir e interactuar, lo cual va a definir la cohesión como colectivo.

Se puede afirmar que existen múltiples identidades asumidas en la misma persona o —como lo expresan Salguero y Alvarado (2017)— es una articulación de identidades, que se configura en la cotidianidad y en los contextos a través de los roles que, en este caso, ejerce un varón. Entonces, la identidad como hombre, o mejor dicho, las identidades se tornan una configuración donde convergen el aspecto individual enlazado con lo social, las cuales, históricamente, se han fundamentado en el privilegio y en las expectativas socioculturales, aunque —como cualquier proceso social— puede fluir y tornarse cambiante. Debido a ello, se puede aseverar que la identidad no es fija y, en consecuencia, ya no hay una identidad

masculina, sino diversas expresiones identitarias a partir del género, las cuales se constituyen y movilizan acorde con las épocas y las realidades inmersas en una sociedad donde se transmiten significados estereotipados, que definen y representan los intereses colectivos y cuyos discursos son asumidos como verdad.

Esos ideales marcan patrones que se propician en el aprendizaje y en la construcción de la identidad varonil, la cual debe ser demostrada y aprobada por el resto del colectivo, e incluye tanto a otros hombres como a las mujeres que validan “ser un hombre de verdad”. Casi siempre esa valoración se encuentra asociada al cuerpo, es decir, se valora al ser a partir de sus atributos físicos, su uso, su estructura, sus destrezas, su fuerza y su aguante.

Las prácticas sociales constituyen, entonces, otro factor definitorio en la configuración de la identidad genérica, pues —a partir de esos hábitos y formas de hacer—, se establecen los roles y estereotipos de género que definen el ser y actuar para varones y hembras, definiendo la masculinidad y la feminidad. Los roles de sexo —como los denomina Bem (1947, citada por Castillo, 2018)— adjetiva las personalidades a partir de rasgos estereotipados como masculinos o femeninos, y en función de un promedio se establece el nivel que una persona posee, pudiendo, incluso, clasificarse como andrógino; es decir, una mezcla de géneros.

En conjunto, esas ideas y prácticas compartidas socialmente inducen problemáticas que han impedido el desarrollo igualitario de la sociedad, porque a partir de la configuración de una identidad masculina se ha privilegiado el ejercicio de la sexualidad, donde la virilidad es un factor relevante, porque se asocia con el poder, la capacidad y el control, lo cual ha propiciado que el ser varón-cis-masculino, tradicionalmente, se relacione con otro concepto con cualidades negativas: machismo.

II. Construcción sociocultural de la masculinidad

Históricamente, se empleaba la palabra *hombre* para generalizar a la población humana. Es decir, con este concepto “neutro” se excluía a las mujeres de ser nombradas cuando se mencionaba determinada situación. Por ejemplo, “los hombres nómadas se desplazaban de los territorios en búsqueda de recursos para sustentarse”. Incluso, la misma Real Academia Española (RAE), en su Diccionario de la Lengua Española, continúa empleando esta concepción cuando define que hombre es un “ser animado racional, varón o mujer” (2019). Asimismo, la RAE (2019) contempla en sus definiciones de la palabra hombre, las siguientes:

- m. Varón (|| persona del sexo masculino).
 - m. Varón que ha llegado a la edad adulta.
 - m. Varón que tiene las cualidades consideradas masculinas por excelencia. *¡Ese sí que es un hombre!* U. t. c. adj. *Muy hombre.*
 - m. coloq. Marido o pareja masculina habitual, con relación al otro miembro de la pareja.
 - m. Antiguo juego de naipes semejante al tresillo, de origen español, que se extendió por Europa en el siglo XVI
 - m. p. us. En algunos juegos de naipes, persona que dice que entra y juega contra las demás.
 - interj. U. para indicar sorpresa o asombro, o con un matiz conciliador. *¡Hombre, no te enfades! Hombre, no hay que ponerse así, María.*

En particular, para esta investigación, hombre es el concepto referido para nombrar a las personas que, biológicamente, presentan características sexuales clasificadas para la identificación de un varón y que sólo “tiene sentido en términos de un discurso binario sobre el sexo”, como asegura Judith Butler (2015, p. 322), porque la identidad no se limita sólo al plano biológico, sino que implica muchos otros aspectos.

La dicotomía tradicional establece que existen hombres y mujeres, a quienes diferencia, principalmente, por los órganos sexuales, aunque estén implícitas también las características genéticas, hormonales y fisiológicas. Es decir, la anatomía no es la única manera para generar esta diferenciación corporal entre uno y otro sexo (acorde con la clasificación binaria). Sin embargo, más allá de la concepción biológica, el hombre no puede reducirse sólo a ese aspecto. Involucra más características asociadas a lo cultural y a lo psicológico, ampliando la diversidad que conllevaría el uso adecuado de la palabra hombres.

¿Qué es ser hombre?

La cultura es un elemento crucial en la vida de cualquier persona, porque aporta toda la información que estructura la identidad individual y colectiva gracias a la socialización, que se traducirá en la configuración del género, es decir, “las normas, responsabilidades, las obligaciones, los privilegios, las oportunidades, las cualidades y los comportamientos que en una sociedad se han definido como deseables para los hombres [características masculinas] y para las mujeres [características femeninas]” (Vargas-Trujillo, 2007, p. 12).

La UNESCO, a través de su Declaración Universal sobre la Diversidad Cultural publicada el 2 de noviembre de 2001, se refiere a la cultura como:

El conjunto de los rasgos distintivos espirituales y materiales, intelectuales y afectivos que caracterizan a una sociedad o a un grupo social y que abarca, además de las artes y las letras, los modos de vida, las maneras de vivir juntos, los sistemas de valores, las tradiciones y las creencias. (UNESCO, 2001)

La figura del varón ideal tradicional estuvo marcada por diversidad de estereotipos que conducían el ser, el pensar, el sentir y el actuar. Culturalmente, cada grupo está marcado por esas formas de plantear y heredar el ser hombre, y a quienes no encajaban en ese patrón homogéneo, simplemente, se le etiquetaba como no hombre, reproduciendo un lenguaje y actitudes misóginas al comparar a aquellos sujetos como “mujercitos” y otros calificativos femeninos con los cuales se marca la desigualdad entre varones y hembras.

Dentro de esas pautas que definieron el ser hombre, y que para algunos sujetos debieran prevalecer, están: un aspecto físico fuerte, proveedor, cazador, protector, dominante, valiente, tosco, amigüero, aventurero, infiel, varonil, inteligente, seguro, autoritario, realista, trabajador, líder, circunscrito al ámbito público... entre otras muchas.

Así, ese molde único para configurar al hombre socialmente ideal se traslada a través de la interacción social. Es decir, ocurre una situación de socialización donde convergen el yo, la conciencia y el ambiente externo —como establece Locke (citado por Castellanos, Grueso y Rodríguez, 2010)—, auspiciados “por la presión de las opiniones de las personas con quienes cada sujeto interactúa en la vida cotidiana” (p. 13) y que estarán presentes en la representación y en el imaginario social, así como en la cotidianidad, en la significación y en el actuar respecto a ser hombre.

Citando a Salguero y Alvarado (2017), ser hombre en América Latina implica compartir determinadas características que generan representaciones que favorecen el ser “muy hombre” o “muy macho”, las cuales se asocian al “honor, la reputación, la fortaleza, la virilidad y la ausencia de emociones y sentimientos” (p. 64).

Tradicionalmente, esas cualidades dotaron la configuración de la identidad hiper-masculina, y sirvieron de base para establecer la supremacía y la dominación varonil, respecto a aquellas figuras que no representaban esas características (mujeres y otros sujetos que no cumplían el estándar de macho, porque no poseían poder y, por ende, no ejercían dominancia). Así, se tienen referentes enmarcados como masculinos tradicionales y que dictaminan el ser y hacer en las sociedades: poder, autoridad, desempeño sexual y virilidad, éxito a partir del trabajo y proveeduría y carencia emocional y afectiva.

Por su parte, Montesinos (2002) hace mención de que, en un estudio realizado por Jorge Corsi, se definieron mitos que configuran ese modelo tradicional masculino —que está presente en la socialización—, los cuales se replican a continuación:

1. La masculinidad es la forma más valorada de la identidad genérica.
2. El poder, la dominación, la competencia y el control son esenciales como pruebas de masculinidad.
3. La vulnerabilidad, los sentimientos y emociones en el hombre son signos de feminidad y deben evitarse.
4. El autocontrol, el control sobre los otros y sobre su entorno son esenciales para que el hombre se sienta seguro.
5. El pensamiento racional y lógico del hombre es la forma superior de inteligencia para enfocar cualquier problema.
6. El éxito masculino en las relaciones con las mujeres está asociado con la subordinación de la mujer a través del uso del poder y el control de la relación.
7. La sexualidad es el principal medio para probar la masculinidad; la sensualidad y la ternura son consideradas femeninas y deben ser evitadas.
8. El éxito en el trabajo y la profesión son indicadores de la masculinidad.
9. La autoestima se apoya, primariamente, en los logros y éxitos obtenidos en la vida laboral y económica.

Ello ha marcado conductas que constituyen lo que se ha denominado como *machismo*, porque se les asigna a los hombres una definición basada en la personalidad agresiva, pero al tiempo, inseguros. Además, éstos —por el privilegio y poder ostentados— tenían la permisividad para ser mujeriegos, bebedores y con una fuerza sexual brutal. Simbolismos manifiestos en la cultura y fortalecidos por diversos canales, en los que el valor del macho se logra al desvalorizar a las mujeres, y México es un país donde, claramente, predominó —y todavía en 2020— persisten manifestaciones de este particular grupo.

Construcción de la masculinidad desde la visión de Godelier

La historia ha estado enmarcada por diversidad de acontecimientos que pautan los distintos ámbitos asociados a la vida humana. En relación con el aspecto sexo-genérico, se han planteado múltiples estudios que reflejan los mecanismos de comportamiento, pensamiento, sentimiento, en función con el sexo de las personas. Así, se fueron definiendo —acorde a cada época— los papeles en los que hombres y mujeres debían circunscribirse, para responder a las expectativas socioculturales marcadas a través de los rasgos, simbolismos y valores que dan forma al sistema de relaciones que crean los modelos masculino y femenino.

Así, histórica y culturalmente, se han creado patrones que dictaminan el camino que un hombre y una mujer deben seguir para insertarse, adecuadamente, en los roles marcados como correspondientes a su sexo. Estas construcciones han otorgado, a lo largo del tiempo, un despliegue de normas, simbolismos, significados, que van tejiendo las configuraciones de la sociedad y que influirán en todos los espacios y ámbitos donde se desarrollan las personas. Al ser una construcción sociohistórica, implica el hecho de que aprender a ser hombre sea un proceso continuo.

También, el hecho de ser hombre en el siglo XIV significaba asumir múltiples pautas definitorias a partir de las interacciones sociales, que no eran las mismas que se presentan en el siglo XXI. La masculinidad, entonces, se centra en el pensamiento y en la actuación de los hombres para ser hombres. De esas configuraciones psico-socioculturales se han derivado fenómenos que se han estudiado por estar presentes en las realidades sociales, las cuales se han gestado, prácticamente, en el privilegio y la dominación hegemónica.

Un estudioso de la masculinidad es Maurice Godelier (1986). Para él, entender al hombre como un constructo requiere adentrarse en sus cualidades de poder y dominación, las cuales le otorgarán esa valía como masculino. Aunque existen diversos referentes teóricos sobre el poder y la dominación del varón sobre la mujer, el estudio etnográfico de Godelier resulta trascendente por el reflejo que hace de la “supremacía” del varón

sobre la mujer, en una sociedad no blanca, no hegemónica. Conviene citar su obra, la cual refleja la concepción de la masculinidad entre los Baruya de Nueva Guinea, en la que — pese a que no existía el Estado ni las clases— sí estaba marcada una cultura de desigualdades, y parecía que ésta fue el prototipo en culturas latinas, como la mexicana, donde se ejercía esa opresión sobre las mujeres.

Acorde con Godelier, ser masculino implicó causar dolor, pero también sentirlo. El hombre posee el privilegio de migrar, de buscar aventuras y probar su coraje. La dominancia ejercida por el hombre se marca en diversas prácticas de dicha cultura, donde la sangre adquiere un simbolismo relevante, incluso, de valía si son ellos quienes derraman el líquido. Predomina también el concepto de “sacrificio” que padece el hombre, el cual se debe valorar porque es por el bienestar de la familia. Por lo tanto, el poder ejercido no es por un éxito personal sino una demostración de servicio hacia los demás.

La guerra es un acto donde se puede mostrar la valentía y la hombría, al igual que los actos sexuales, en los que las mujeres no pueden montar al hombre, porque sus fluidos vaginales pueden salir; tampoco los abrazos y los besos son parte de dichas prácticas, aunque sí la felación.

La división sexual del trabajo también es una manifestación del poder. Es un privilegio masculino realizar labores fuera de la casa, mientras que las mujeres están acotadas a todas las funciones del cuidado, de la limpieza, “de la reproducción de la vida”, pues son ellas las que reciben el esperma, fluido que es “fuente de la fuerza y vida y que hace de los hombres los representantes, los pilares y los dirigentes legítimos de la sociedad” (Godelier, 1986, p. 81).

De toda la estructura sociocultural de masculinidad entre los Baruya, que plantea Godelier, se pueden extraer los siguientes conceptos: segregación, dominación, simbolismo. Esas palabras que encierran diversos patrones de opresión han estado presentes en diversas épocas y sociedades y que no se configuran por lo natural. Y como bien afirma Lagarde (2014), los niveles de opresión no serán los mismos para todas las personas, pues influyen la condición histórica, el género, así como las situaciones de vida, aunque casi siempre son ellas las que son sometidas por la masculinidad.

Así, el privilegio masculino ha sido el que por siglos ha marcado la

vida privada y pública en distintas latitudes y en diferentes épocas, diferenciando a las personas a razón de su sexo y estableciendo la subordinación a partir del binomio sexo-género, así como a partir de otros factores como la clase social, la edad, el origen étnico, entre otros aspectos. Afortunadamente, esas situaciones han ido modificándose, alejando el concepto tradicional de masculinidad de las sociedades contemporáneas, y gestándose —desde los movimientos sociales, como el feminismo— nuevas configuraciones para el pensar y actuar de los hombres, favoreciendo que las mujeres se conviertan en “intrusas” del espacio público y asuman poder y, en consecuencia, produzcan nuevas representaciones simbólicas.

Nuevas masculinidades

Los cambios son requeridos en cualquier estructura: política, económica, cultural. Las realidades sociales se construyen y reconstruyen, debido a las dinámicas donde intervienen las personas para evolucionar. Así, el feminismo es un movimiento que ha configurado diversidad de ajustes en las sociedades, donde por siglos las mujeres fueron segregadas y oprimidas. Uno de esos cambios que se están dando en la época contemporánea es en el repensar las identidades que, para el caso, están referida a aquello que significa ser hombre.

Montesinos (2002) —citando a Corsi— explica que la masculinidad tradicional se apoya en el mito del ganador. Esta identidad está construida sobre dos procesos psicológicos simultáneos y complementarios: un hiperdesarrollo del yo exterior (hacer, lograr, actuar) y una represión de la esfera emocional. Por lo tanto, con la evolución social se está gestando una nueva identidad masculina, o identidades, porque ya no existe un estándar que defina a la totalidad de los hombres, sino ya son múltiples categorías asociadas (Piedra, 2013; Ramírez y Uribe, 2008).

Con los cambios culturales, las relaciones sociales y las prácticas cotidianas también se reconfiguran. Así, la masculinidad como identidad se trastoca para dar paso a las diversas manifestaciones orientadas a ser mejores, donde el autoritarismo y la opresión no pautan el comportamiento y el pensamiento que, tradicionalmente, enfrentó a las per-

sonas que atribuían a lo natural las marcadas desigualdades al ejercer el poder.

Los hombres tuvieron por mucho tiempo el privilegio de ser quienes realizaban alguna labor fuera de casa, asumían control sobre diversidad de asuntos. Eran, además, los tomadores de decisiones políticas y económicas; asimismo, eran quienes, en su papel patriarcal, representaban autoridad y ejercían violencia. El acceso a derechos como la educación, se centraba en ellos, por ser quienes cumplían el papel de proveedor y al ejercer supremacía (pues también eran los propietarios) no sólo sobre los objetos y los bienes inmuebles sino sobre otras personas (esposas, hijas e hijos, servidumbre).

El espacio público no podría ser concebido para que las mujeres tuvieran cabida, pues el lugar de ellas era el hogar, donde debían esmerarse para mantenerlo, para salvaguardar la integridad familiar, siendo las educadoras, las responsables de transmitir los buenos valores y las costumbres propias, y a quienes se relegaban todas las actividades que no requerían el empleo de la razón y de la inteligencia o de mucha fuerza. Sin embargo, las manifestaciones de descontento a esos establecimientos socioculturales provocaron rupturas estructurales, favoreciendo que las mujeres ingresaran al espacio público al realizar alguna labor con la cual obtener ingresos económicos. Por siglos, el depender de un hombre impidió la búsqueda de la libertad financiera y la independencia de las mujeres. Esas disrupciones favorecieron el acceso a derechos y al ejercicio de garantías orientadas a la igualdad respecto a los hombres. En ese proceso, pareciera que la identidad masculina se vio paralizada, entró en crisis, en palabras de Montesinos (2002).

Gracias a los cambios sociales, propiciados por movimientos como el feminismo, la participación del hombre en el ámbito privado se ha visto favorecida, impactando positivamente en la vida cotidiana, en las relaciones familiares, en las relaciones entre pares, incluso, en las prácticas sexuales y reproductivas. Así, las nuevas masculinidades se caracterizan por identidades donde los hombres pueden permitirse sentir y expresar sus emociones, donde no es un requisito el dar muestras de machismo y donde sí asuman responsabilidades como, por ejemplo, ejercer la paternidad y compartir las labores domésticas, pues éstas no tienen género. Se permiten

llorar, amar, ayudar, incluso, cuidar de otros hombres. La virilidad basada en la genitalidad no es relevante. No reproduce estereotipos de género, sino que construye con base en la igualdad y el respeto a la diversidad. Asimismo, desarrolla una relación equilibrada entre el trabajo y el hogar, porque es corresponsable. Y en ese proceso de deconstrucción y reconfiguración, la identidad masculina es múltiple, siendo el plano de las prácticas sexuales uno de los beneficiados por los cambios socioculturales, y que —a la par del reconocimiento de la diversidad sexual— los hombres han experimentado nuevas maneras de relacionarse, incluso, en el espacio íntimo.

Así, el factor orientación sexo-erótico-afectiva se hace presente, pues la totalidad de hombres no son heterosexuales, y muchos de ellos pueden, en algún momento de su trayectoria de vida, tener roces con otras manifestaciones que caerían en una categoría más allá de las relaciones sexuales tradicionales (hombre-mujer), fluctuando en lo que se ha denominado fluidez sexual.

III. Hacia una definición de fluidez sexual

La diversidad sexual y de género (DSG) apela al reconocimiento e inclusión de todas las manifestaciones referidas a los sexos, a las identidades y expresiones de género, así como a las distintas orientaciones sexo-erótico-afectivas (más nombradas como orientaciones sexuales]), que se salen del parámetro binario tradicional y de la heterosexualidad como única forma de asumir, expresar y vivir la sexualidad, lo cual es un derecho humano, como expresa Manuel López (2018).

Los estudios que se han realizado respecto a las orientaciones sexo-afectivas se centran, principalmente, en la homosexualidad. Se encuentran diversas posturas respecto al abordaje de esta manifestación de la sexualidad, presente en hombres y mujeres (considerando el binarismo tradicional). Sin embargo, Alfred Kinsey en el siglo xx se convertía en uno de los pioneros en los estudios de la investigación sexual humana. Diseñó una escala donde se referencian siete comportamientos sexuales, es decir, los resultados de sus indagaciones rompieron esa creencia de que sólo podrían existir tres maneras de establecer prácticas sexuales: heterosexual, bisexual, homosexual.

Kinsey —con su aporte a la ciencia— evidenció que, por lo menos, se podrían contabilizar cinco grados de bisexualidad. A decir de su escala, los grados de la sexualidad (situados en los años de sus informes, es decir, de 1948 a 1953) se presentan en la tabla 1.

Tabla 1. *Escala de la sexualidad de Kinsey*

<i>Rango</i>	<i>Descripción</i>	<i>Porcentaje de contactos homosexuales</i>	<i>Porcentaje de contactos heterosexuales</i>
0	Exclusivamente, heterosexual	0%	100%
1	Principalmente, heterosexual, con contactos homosexuales esporádicos	1-25%	99-75%
2	Predominantemente, heterosexual, aunque con contactos homosexuales más que esporádicos	26-49%	74-51%
3	Bisexual	50%	50%
4	Predominantemente, homosexual, aunque con contactos heterosexuales más que esporádicos	51-74%	49-26%
5	Principalmente, homosexual, con contactos heterosexuales esporádicos	75-99%	25-1%
6	Exclusivamente, homosexual	100%	0%
X	Asexual, el individuo no presenta atracción sexual	0%	0%

FUENTE: Recuperado de Torres (s. f.).

Si bien es cierto que los hallazgos obtenidos por Alfred Kinsey están referidos a los Estados Unidos Americanos y centrados a mediados del siglo xx, lo relevante es que se hace hincapié en que no existe una sola orientación sexo-erótico-afectiva, es más, ni siquiera tres que son las tradicionalmente más reconocidas.

Con base en ello es que esta investigación surgió, pues resultó relevante también conocer cómo es el comportamiento de hombres latinos, en este caso, mexicanos, quienes además en su identidad como hombres, poseen el rasgo distintivo de haber crecido en un ambiente rural y en un contexto donde se están gestando cambios socioculturales, económicos, políticos, e incluso religiosos.

En la sociedad mexicana, la diversidad sexual y de género es una temática que empezó a reconocerse gracias a los movimientos sociales en la década de 1970. Distintas personas participaron desde sus trincheras para que, poco a poco, se diera garantía y respeto a los derechos humanos, civiles, políticos, entre otros; así como para contar con leyes que ofrecieran cierta seguridad ante escenarios de discriminación y diversas formas de

violencia. Sin embargo, el hecho de que existan ciertas garantías legales todavía es una situación que requiere atenderse, desde la esfera sociocultural, porque en el país se observa aún un alto porcentaje de discriminación y violencias que pueden terminar hasta en crímenes por odio hacia personas disidentes a las estructuras patriarcales y heterosexistas.

El reconocimiento a las diversas identidades, expresiones y manifestaciones de la sexualidad ha permitido que las personas bisexuales puedan ir abriendo al espacio público estas formas de relacionarse erótico, romántica, afectiva y sexualmente, aunque —en la realidad contemporánea de muchos contextos— resulta en tabúes el hablar, el indagar y el aceptar a personas que rompen y se salen de los límites impuestos por el binarismo sexual.

En la cultura de las diversas sociedades, el lenguaje es crucial para la interacción y para la transferencia de las estructuras ideológicas, las conductas, los valores, los aprendizajes. A través de lo que se nombra se otorga existencia a algo; así sucede con la sexualidad. Si una práctica sexual no es nombrada, no se le reconoce. Aún en la época actual, para algunas personas resulta inconcebible que haya otras que no sean heterosexuales, pues en sus marcos de referencia lo natural es que un hombre se sienta atraído sólo por mujeres, y viceversa.

Y por esas ideologías es que cuando se escuchan que existen otras maneras de relacionarse en el plano emocional y sexual, no se puede concebir como algo natural, porque a raíz de los prejuicios y dogmas se percibe como aberraciones todo aquello externo a la heterosexualidad. Así, como parte de lo “normal” es que un hombre sólo es hombre cuando sostiene prácticas sexuales con una mujer, a quien, además, debe dominar, controlar y de quien recibirá placer por ser el macho.

Sin embargo, las realidades actuales manifiestan una riqueza de posibilidades en las que un hombre puede incursionar hablando del aspecto sexual; es decir, la idea tradicional de que sólo tienen prácticas heterosexuales dentro del matrimonio y que guardan fidelidad “hasta que la muerte los separe”. Este es un credo que sólo permanece en las mentes, no así en las experiencias de vida. Con esta afirmación no se asegura que la totalidad de la población de varones en el país rompa ese patrón ideológico, pero el hecho de que existan otras formas de establecer una relación erótica, sexual y hasta afectiva con otros hombres, manifiesta esas configu-

raciones socioculturales que han existido a lo largo de la historia de la humanidad, pero que no siempre se aceptan.

Si bien es cierto que, culturalmente, a un hombre que tiene relaciones sexuales o afectivas con otros varones se le etiqueta como homosexual, las realidades evidencian que ello no implica necesariamente que sean gays. El concepto de *fluidez sexual* está referido a que las orientaciones y prácticas sexuales en una persona no se mantienen estáticas a lo largo de la vida. Desde los grados propuestos por Alfred Kinsey, se encuentra que un hombre —ya sea heterosexual u homosexual— puede tener contactos esporádicos con otros (homosexuales o no) o, incluso, puede sólo sentir atracción física o emocional, lo cual, en automático, estaría propiciando una variación en el comportamiento, aunque ello no implica que el sujeto reconozca dicho cambio en su identidad, con la orientación sexo-erótico-afectiva, lo que le ubicaría en un grado de bisexualidad.

Actualmente, la sexualidad fluida, en palabras de Chris Donaghue (2015, citado en el sitio Imagen Radio, 2015), “describe la sexualidad de una persona que es abierta y cambiante, no basada en el género binario, y puede inclinarse con más fuerza hacia un género y permanecer abierta a todos los demás”. Es decir, el concepto bisexualidad se estaría quedando rezagado, porque aquí se enfoca en la excitación sexual, sin importar la orientación sexo-erótico-afectiva o el género. Sin embargo, para efectos de la investigación, se emplea la palabra fluidez para referir las conductas, prácticas y comportamientos sexuales o emocionales donde intervienen hombres que se relacionan entre sí.

Gracias a quienes han decidido investigar los comportamientos sexuales en hombres, se ha logrado crear categorías o etiquetas que visibilizan la diversidad de prácticas sexuales. Para el presente estudio, interesa nombrar a aquellas asociadas con la fluidez en la que incursionan algunos varones, categorías motivadas por aspectos como el emocional, el financiero, el de la curiosidad, el de los beneficios que se pueden obtener al tener un contacto sexual con otro hombre. Así, se tendría una caracterización de fluidez sexual desde la práctica coital (motivada por diversos aspectos, no necesariamente emotivos), y la fluidez sexual desde la orientación sexo-erótico-afectiva.

La fluidez sexual en la práctica coital

Como se mencionó líneas atrás, el lenguaje es el vehículo para que algo exista. En la cultura de la diversidad sexual y de género se han creado conceptos para identificar al interior —así como fuera de las distintas comunidades— las clasificaciones de los subgrupos que predominan en relación con las identidades, prácticas, orientaciones, preferencias, lo cual enriquece y fortalece las interacciones socioculturales.

Respecto a las prácticas homoeróticas, es decir, entre iguales, se han presentado diversos fenómenos que amplían la diversidad más allá de la homosexualidad y la bisexualidad. Si bien las orientaciones sexo-erótico-afectivas están referidas a un patrón de atracciones emocionales, románticas o sexuales (López, 2018), otras posturas como las de Chris Donaghue (2015) y Lisa M. Diamond (2009) han apostado a que estas no son estáticas, sino que pueden ir modificándose a lo largo de la vida; aunque para el caso de los hombres suelen ser más estables. A ello, le han nombrado fluidez sexual, que va más allá de la bisexualidad. Así, el sentido de identidad viene a ampliarse.

Las relaciones entre varones pueden darse en diversos niveles (erótico, sexual, romántico, afectivo o como una mezcla de esos factores). A continuación, se presentan algunas formas en que se han clasificado a aquellos vínculos que no son homosexuales —que no son “de ambiente”, en palabras de Monsiváis (2010)—, pero que se sostienen por actividades socio-eróticas con otros hombres.

En referencia al lenguaje, Núñez ofrece una perspectiva de cómo un varón en el norte de México (Sonora, específicamente) puede referirse a otro hombre en función de la orientación sexual. Si es gay, se dirigirá *al otro* como “el homosexual, el bisexual, el mayate, el jalador y el normal que tuvo cotorreo” (2015, p. 222), configurando así identidades colectivas empleando el lenguaje. Respecto a los no gays que “han tenido relaciones eróticas con varones (‘homosexuales’), por lo regular sólo hay dos personajes: ‘los homosexuales’ (o sus sinónimos: putos, leandros, etcétera) y ‘los normales’ (u ‘hombres’), o sea, ellos mismos” (2015, p. 222).

HSH (Hombres que tienen sexo con hombres)

La orientación sexo-erótico-afectiva es parte de la identidad en una persona. Para que a alguien se le nombre homosexual, bisexual, heterosexual, pansexual, debe reconocerse e identificarse como tal. Es decir, el hecho de asumir que un sujeto es gay, bi o hetero, no implica que lo sea, pues sólo se estaría ante un supuesto que se va a configurar por el marco referencial respecto al proceso de aprendizaje individual, principalmente, construido por prejuicios, estereotipos e ideologías. Por ello, para asegurar la orientación sexual, erótica y afectiva es necesario que dicha persona se identifique, la asuma y la confirme. Así, cuando un varón establece relaciones con otros hombres, en función de si hay atracción sexual, afectiva o romántica, se podría estar ante una diversidad de opciones que fluirían más en el plano de la bisexualidad.

La categoría HSH está referida a aquellos hombres que tienen sexo con hombres y que no necesariamente son homosexuales. Es decir, un varón puede tener prácticas eróticas o afectivas con otro hombre, que puede ser homosexual, bisexual, heterosexual o, incluso, trans.

Esta clasificación surgió en la década de 1990 como una categoría epidemiológica —no social— para dilucidar esa zona gris en la que estaban muchos hombres biológicos que no se identifican a sí mismos como homosexuales ni bisexuales, pero tenían relaciones sexuales con hombres a quienes ellos consideran hombres o con personas trans que han cursado a la masculinidad. (Unidad de Salud, 2019)

Esta clasificación a la fecha se ha diversificado, encontrando nuevas formas de nombrar a estos HSH, acorde con la finalidad o motivación de la relación sexual. Así, para efectos de la investigación, podría decirse que hay hombres hetero-flexibles o “normales que tuvieron cotorreo” (Núñez, 2015, p. 222), *budsexuales*, *cash-sexuales*, mayates y chacales, los cuales, a continuación, se describen brevemente.

Bud sex: Hombres hetero que tienen relaciones sexuales con otros hombres

Aunque esta categoría es reciente, esta práctica también conocida como sexo entre colegas se limita al plano sexual entre hombres heterosexuales, donde no hay manifestaciones románticas o de cariño, sino que se limita al acto sexual penetrativo *per se*. Es decir, durante la actividad no hay besos en la boca, caricias, intercambio de miradas, ni ninguna otra acción que no sea más que buscar el placer a través de la penetración. Acorde con Enguita (2020), esta modalidad es más frecuente en contextos rurales o en las cárceles, y tiene más una connotación de desahogo o entretenimiento, por lo cual los encuentros no son frecuentes.

Otra característica de estos hombres es que rechazan toda manifestación o comportamiento homosexual, convirtiendo su práctica sexual a *un juego* diferenciado de lo gay. Al identificarse así, no se les categoriza como bisexuales ni homosexuales; aunque desde la perspectiva de la comunidad LGTB+, estos hombres reprimen sus verdaderas emociones y deseos sexuales, disfrazando su actividad sexual como homofobia interiorizada. Sin embargo, el hecho de que existan personas con estos comportamientos refleja que la diversidad sexual es mayor a las categorías tradicionales.

El sexo entre colegas se centra en saciar una necesidad, y puede darse incluso para reafirmar la masculinidad, al sentirse objeto del deseo de otro hombre. Otra motivación es propiciada por la idea de prácticas que sus mujeres no les permiten. Al ser ocasional, no existe como tal un compromiso; así, los encuentros pueden ser de una sola ocasión, para evitar romper la discreción que ponga en duda su hombría. Algunos casos pueden darse en situaciones donde el alcohol les otorga el valor para realizar la actividad sexual con otro hombre. Conviene citar a Carlos Monsivais (2010), quien en algún momento escribió:

Más allá de la “anormalidad”, se despliega el horizonte de costumbres heterodoxas, y en las regiones donde apenas hay guetos, la minoría “a la que no se le nota” debe atenerse al gran requisito de la sobrevivencia: la discreción, que es ocultamiento ante los demás y en buena medida ante sí mismos: “Si no me

observan, hago lo que quiero hasta donde puedo; si me oyen, le dedico a los pervertidos el énfasis condenatorio que aprendí desde niño”. (p. 143)

Hetero-flexibles

La categoría hetero-flexible se establece para aquellos hombres heterosexuales ubicados en el rango 0 o 1 de la escala Kinsey, es decir, que sus prácticas sexuales son siempre con mujeres, aunque en algún momento de su vida pudieron (o pueden) tener un interés sexual esporádico por alguien de su mismo sexo. Por lo general, dicho atractivo surge más por curiosidad, por experimentar o probar a través de un estímulo del deseo sexual (es decir, la idea) o de llegar hasta una actividad sexual en sí.

Este deseo no necesariamente implica la parte emocional o afectiva. La situación parte del autoerotismo, empleando las fantasías sexuales, la autoestimulación, exploración genital y masturbación. Incluso, podría trascender hasta involucrar a otra(s) persona(s) del mismo sexo, donde la actividad sexual puede quedarse en el plano no penetrativo o llegar al coito. Estas relaciones pueden darse entre hombres heterosexuales que exploran su sexualidad, entre heteros con gais, entre heteros y bisexuales, aunque también pueden darse situaciones donde las actividades sexuales se sostengan entre hombres hetero y travestis, porque, aunque la expresión de género (empleando la ropa y maquillaje) represente a una mujer, el atractivo se centra en la genitalidad (en este caso, el pene).

Esta conducta es situacional, es decir, la fluidez sexual les permite experimentar ocasionalmente, y casi siempre, el deseo estará motivado por el estímulo sexual que le proporciona el cuerpo masculino, pero no implicarán emociones ni nada romántico. Es decir, los hombres gais o bisexuales que sostengan una relación con otro hombre heterosexual no deben esperar un compromiso o relación sentimental.

Respecto a la preferencia por experimentar durante el coito, los hetero-flexibles podrán asumir un papel activo (ser quien penetra) o pasivo (ser el penetrado) o, incluso, ambas. Pueden disfrutar, además, de besar, tocar, acariciar a otro hombre sin que ello signifique poner en peligro su masculinidad.

Cash-sexuales: Hombres hetero que cobran por tener relaciones sexuales con otros hombres

Esta es otra forma de satisfacer el deseo sexual a través de otorgar u obtener un beneficio netamente económico. Los hombres heterosexuales que reciben un pago por intimar con otro hombre, en este caso homosexual, entran en esta clasificación. El diario *Excelsior* (2020) cita a Joe Kort, quien afirma que los *cash-sexuales* realizan estas prácticas por la “sensación que genera el ser admirados y pagados por otros. Recibir elogios los hace sentir importantes, deseados y valorados”.

Dentro de este grupo se puede mencionar a los hombres hetero que ven el acto sexual como un trabajo, es decir, se prostituyen o se convierten en actores de porno homosexual para obtener una ganancia económica, aunque el acto en sí no les genere placer. Es decir, se ha erotizado el dinero y el poder, que se ha convertido en el componente de la excitación, y no la atracción física o emocional hacia el cliente (varón homosexual). Esta forma de negocio ha sido calificada como una forma de aprovecharse de la comunidad gay.

Aunque no necesariamente deben practicar un acto sexual, los *strippers* también pueden incluirse en esta clasificación, pues a cambio de dinero, exponen su cuerpo a través del baile, para deleite de hombres gays. Monsiváis (2010) dice que el *stripper* debe poseer los siguientes requisitos: “aspecto agradable, ejercicios que se noten, energía coreográfica, mínima sensualidad en el veloz desprendimiento de la ropa y el permiso para toqueteos fugaces a sugerencia del animador” (p. 278).

En México, a los varones heterosexuales que ofrecen placer o compañía a hombres homosexuales, y por ello reciben algún beneficio como dinero o regalos, en el argot gay se les llama chichifos.

Chacales y mayates

Al interior de la cultura homosexual, en México se han creado múltiples términos para identificar a la variedad que la configura. Así, se tendrán distintos conceptos para referirse a los hombres homosexuales afeminados, a los que asumen una expresión de género femenina (travestis y *drag*

queens), a los gais masculinos e hipermasculinos, incluso, a los hombres heterosexuales (bugas) que en algún momento pueden tener un contacto sexual con otros hombres. Así, han surgido los mayates, chacales y chichifos como figuras clave dentro de la diversidad sexual.

Como se mencionó en el apartado anterior, los chichifos son aquellos hombres hetero que, a cambio de estatus, posición social o dinero acceden a tener relaciones sexuales con hombres homosexuales. Aquéllos, por lo general, se dedican a la prostitución como una forma de sobrevivencia o, incluso, como una fuente de ingresos extra. Casi siempre son hombres atractivos de cara y cuerpo, y se les encuentra en zonas bien posicionadas. Aunque hay gais que se dedican a la prostitución, no implica que se les catalogue como chichifos, pues estos últimos no disfrutaban del acto en sí, sino que su origen de motivación es el beneficio económico que pueden obtener.

Otros hombres que, por sus características físicas y su entorno u origen sociocultural, se han clasificado dentro de la comunidad gay son los chacales y mayates. De los chacales, Carlos Monsivais (2010) afirma que:

[...] en la jerga de los entendidos, el chacal es el joven proletario de aspecto indígena o recién mestizo... el cuerpo que proviene del gimnasio de la vida, del trabajo duro, de las polvaredas del fútbol amateur (o llanero), de las caminatas exhaustivas, del correr por horas entonando gritos bélicos, del avanzar a rastras en la lluvia para sorprender al enemigo que algún día se apersonará. Y es la friega cotidiana y no el afán estético lo que decide la esbeltez. El chacal tiene por hábito, o eso da a entender, sentirse ampliado, deseado así nadie lo contemple. (p. 271)

Los chacales, al ser “testosterona pura, carácter bravo, siempre huraños y desconfiados con los extraños, pueden encontrarse en los barrios, las colonias y lugares más peligrosos de la ciudad” (*El Blog del Mayate*, 2016), y en aquellos lugares donde trabajan *los hombres*, es decir espacios donde se ejercen actividades tradicionalmente catalogadas como masculinas porque implican el uso de la fuerza física. Asimismo, se les puede ubicar en los “espacios donde se desestresan: puteros, cantinas, botaneros, donde haya alcohol y atractivo visual barato” (*El Blog del Mayate*, 2016). Respecto a su aspecto físico, en el mismo blog afirman que son “generalmente more-

nos, cuerpo de trabajo (ojo con esto ya que pueden ser flacos, delgados, marcaditos, medio mamados, mamados, fornidos, robustos o gordos, dado que lo que los distingue es la fuerza), poco cuidado en su arreglo personal” (*El Blog del Mayate*, 2016). Las posibilidades de un encuentro sexual con un chacal “son de 0 a 10%, aunque acceden cuando se les cumple alguno de sus vicios (drogas, alcohol, viejas, feria para sus deudas, ayuda para su casa)” (*El Blog del Mayate*, 2016).

Considerando dicha descripción, los chacales podrían clasificarse como hombres que tienen sexo con otros hombres, aunque debe haber un motivante [económico, satisfacción del deseo sexual momentáneo], pero que no ponga en duda su masculinidad y su identidad como macho, es decir, asumen un papel activo y dominante durante el acto sexual.

Por otra parte, además de los “chacas”, se encuentran los *mayates*, a quienes la comunidad gay identifica como homosexuales varoniles que asumen el papel activo de la relación o, incluso, como a trabajadores sexuales masculinos (heteros o no) que atienden a clientes hombres. Es decir, peyorativamente, es el varón que gusta de penetrar a otros varones. La diferencia del mayate (varón heterosexual), respecto al chacal, es que este último es muy masculino, incluso, pueden ser agresivos y tener un aspecto rudo, vulgar, moreno y con una proyección de macho.

Aunque a los homosexuales varoniles activos (insertivos) se les puede ubicar como mayates, casi siempre se usa más el término para nombrar a hombres heterosexuales que, además de mantener relaciones sexuales con hombres gays, las sostienen con mujeres como una forma de fortalecer su virilidad. En el plano afectivo, los vínculos casi siempre serán con mujeres, porque con ellas se presentan en su realidad familiar y social; mientras que, en *el ambiente*, se limitarán al plano sexual y ocupando una posición de dominio sobre el hombre “feminizado”. Ejemplo de ello se puede encontrar en varones que establecen relaciones temporales, incluso, de mediano o largo plazo con mujeres trans, en quienes ven una fuente de obtener placer, así como beneficios económicos, pues una de las cualidades del mayate es el gusto por recibir dinero, paseos, favores y regalos, con lo cual resultan fáciles de convencer (*El Blog del Mayate*, 2016).

¿Fluidez sexual en la orientación sexo-erótico-afectiva?

Tradicionalmente, en toda cultura construida sobre ideas androcéntricas, el hombre —para ser considerado como tal— debe reunir determinadas cualidades, comportamientos, maneras de pensar y ejercer sus roles, sin atisbos de rasgos femeninos, ni en el plano físico ni en el emocional ni sexual. La heterosexualidad sería lo natural en el ejercicio de las actividades sexuales. Sin embargo, las realidades han develado que esto no ocurre, porque hay una amplia gama de posibilidades donde los varones están inmiscuidos.

Se ha demostrado que el ser varonil y macho no son las únicas formas de ser hombre, y que el concepto tradicional de masculinidad está reconfigurándose. Ello permite que, actualmente, los hombres vivan, piensen y actúen de múltiples maneras, gestando distintas identidades, incluidas las orientaciones sexo-erótico-afectivas.

Aunque aún en pleno siglo XXI es todavía complicado para algunas personas comprender, reconocer y respetar la diversidad sexual, por lo menos algunos conceptos ya son más comunes en las interacciones socio-culturales, ya sea a través de las comunicaciones interpersonales, las grupales y las masivas, principalmente, mediante los medios de comunicación. Así, ya el término heterosexual no es el único que se identifica como orientación sexual, sino que ya se incluyen la homosexualidad (incluyendo las palabras gay y lesbiana para diferenciar entre mujeres y hombres) y la bisexualidad, no así otras manifestaciones como la demisexualidad, la pansexualidad, la sapiosexualidad, entre muchas más que día con día van insertándose al lenguaje como una forma de reconocimiento a este abanico de posibilidades donde confluyen la atracción física, emocional y sexual.

Si bien las investigaciones casi siempre se centran en la homosexualidad o en la bisexualidad, Kinsey ofreció las bases para demostrar que estas no permanecen estáticas, sino que, por la misma historia de vida personal, se van configurando a partir de las diversas experiencias eróticas. Así, se estaría pensando que un individuo puede transitar o fluir hacia nuevas

maneras de atender su placer, aunque ello estará marcado también por su identidad, sus construcciones socioculturales y su apertura por llevar a la práctica un deseo. Aunque la orientación sexo-erótico-afectiva predomine en la persona, ello no implica que deba permanecer siempre así. Para ejemplificar esta idea, se parte del supuesto: si un hombre homosexual en algún momento de su vida tiene un contacto sexual o afectivo con una mujer, pero la mayor parte de sus relaciones son con hombres homosexuales, está experimentando un cambio ligero, pero su mayor atracción continúa siendo homosexual. En la escala Kinsey, sería moverse del rango seis al cinco (véase la tabla 1) y “retornar” al seis.

Aunque hay posturas culturales que establecen que la bisexualidad es sinónimo de travestismo, lo cierto es que no es así. “En medios o países particularmente homofóbicos, el travestismo es la única manera de que los hombres pueden tener relaciones sexuales con otros hombres sin ser tachados de homosexuales” (Castañeda, 2011, p. 253). Es decir, es una experiencia basada en la apariencia momentánea que afecta la expresión de género, sin que ello implique un rechazo a la identidad sexual. Incluso, hay hombres hetero que recurren a esta práctica como una fantasía, sin modificar su atracción sexual, afectiva o romántica. Pueden darse otras situaciones donde se recurra a tener relaciones sexuales con travestis o mujeres trans como una forma de negar la atracción sexual hacia otros hombres, por el hecho de que —en la cultura latina como en México— los prejuicios o la idea de que se dude de la masculinidad (de macho), se pone por encima de aceptar quién se es realmente. Y así pueden darse múltiples combinaciones en cada sujeto que revelarían que lo “natural” es sólo una concepción utópica, hablando del erotismo y del placer sexual en la humanidad.

Castañeda (2006) asegura que la orientación sexual puede variar en el ciclo vital, acorde con los deseos y necesidades o, incluso, con la aceptación de la verdadera identidad que puede permanecer oculta (*in the closet*) por miedo al rechazo o el odio (homofobia interiorizada), marcada por la cultura machista, patriarcal y heterosexista. Aun así, en las realidades socioculturales, y acorde con los contextos, hay hombres que buscan las maneras de experimentar vínculos con otros hombres (en el plano sexual, afectivo o ambos) bajo el auspicio de la doble vida, de la discreción, del poder, del privilegio, propiciando el fenómeno denominado bisexualidad

oculta o, en otros casos, negación de la homosexualidad, en la que —por mantener una apariencia y el prestigio social o familiar—se conserva en público una relación (noviazgos, matrimonios, uniones) con mujeres.

La apertura a nuevas experiencias sexuales puede vincularse más con hombres de las grandes ciudades, de entornos urbanos. El hecho de que haya mayores posibilidades de encuentros sexuales con otros varones en espacios públicos (*cruising*) —o en lugares de esparcimiento, “de ambiente”, o en espacios masculinos como las saunas, que garanticen la seguridad, discreción y el anonimato, pero también libertad (Balbuena, 2014)—, a través de la tecnología empleando aplicaciones e Internet, facilita que varones puedan animarse a dar el paso hacia la fluidez sexual esporádica, y atender así a sus deseos contenidos por las reglas sociales (incluso, dentro de la comunidad homosexual, hay quienes aseguran que no se puede ser bisexual). Otras situaciones pueden gestarse en contextos como escuelas y centros de trabajo donde el compañerismo, la camaradería, la confianza y hasta el efecto de las bebidas alcohólicas propician esa transición “a probar” un encuentro sexual entre varones, que quizá sólo permanecía en la imaginación. Así, la identidad como sujeto se configura continuamente a partir de sus prácticas sexuales. Para ejemplificar, se reproduce el testimonio de un participante en la investigación hecha por Guillermo Núñez (2015) en Hermosillo, Sonora.

Al principio él se veía como “alguien que tiene un cotorreo”, luego se vio a sí mismo como mayate y así lo veían los demás, después se definió como “homosexual”, y después se definió como “bisexual”. Asimismo, recientemente se ha podido constatar la presencia de otro tipo de relaciones homoeróticas entre varones que, al parecer, suceden al margen de cualquiera de las identidades anteriores. Un entrevistado expresa este tipo de relaciones así: “entre batos acá normales, pero que a la sorda se avientan un cotorreo”. Creo que bien podrían entenderse como relaciones entre varones “masculinos”, partícipes esporádicos del “ambiente”, bisexuales en sus gustos, pero al parecer con identidad de “normales” o “heterosexuales”. (p. 224)

Así, se tendrán diversas manifestaciones de fluidez que pueden surgir de la imaginación hasta concretarse en una práctica erótica o en relación

sexual como tal o en una relación afectiva o en una mezcla. Es decir, las posibilidades van más allá del aspecto romántico, quedándose en lo meramente coital, o puede ser sólo una idealización fantasiosa en la mente del hombre atraído por relaciones homoeróticas, o puede que se dé hacia la cuestión emocional. Hay otros casos en donde hay un interés material o económico de por medio; esto llevaría a pensar en otro concepto construido en el plano de las relaciones de pareja: la fidelidad.

Fidelidad y prostitución

Con la aparición del matrimonio —como una forma de establecer el poder y la propiedad, principalmente, motivado por preceptos religiosos—, la fidelidad ha sido un término que permanece en el imaginario social asociado a las relaciones de pareja donde prevalece la idea de la monogamia, la cual, además, es como el estándar no sólo ideológico sino también legal, pues “cuanto más cerrada es la unidad de convivencia, la célula familiar, más manejable es una sociedad en general” (Sirvent, 2011, p. 58).

El diccionario de la Lengua Española (RAE, 2019) la define como: “Lealtad, observancia de la fe que alguien debe a otra persona”. Este canon surgió como una manera para controlar las partes involucradas en una unión, disfrazando esa dominancia bajo términos de confianza y compromiso, sobre todo, en épocas donde las alianzas matrimoniales se basaron en obligaciones o conveniencias familiares, en raptos, en la venta de las hijas, quienes no tenían voz ni eran tomadas en cuenta ofreciéndolas como objetos; de manera que, al no tener la capacidad ni la independencia, se sometían al varón porque su supervivencia dependía de ellos, “sobre todo, en el ámbito rural y en aquellas parejas de firmes convicciones compromisarias (por ejemplo, católicas) donde el mensaje es ‘lo que ha unido Dios no lo separe el hombre’” (Sirvent, 2011, p. 58).

La monogamia, aparejada a la fidelidad, son términos que prevalecen en diversos contextos, quizá no al grado que se vivió en décadas pasadas, pues la misma liberación femenina ha propiciado cambios socioculturales. Sin embargo, pese a esos dogmas, las realidades han demostrado que, históricamente, la fidelidad y la monogamia —para el caso de los hombres—

sólo existía en la palabra, no así en sus acciones. Reflejo de ello son las “canitas al aire”, que pudieron convertirse en relaciones de pareja alternas, dobles o triples familias y la procreación de hijas e hijos (con reconocimiento o no). Y es por esa idealización, basada en la moral y la religión, por la cual es relevante traer el término fidelidad, para determinar la coherencia entre el deber ser como hombre leal y digno, y lo que ocurre en las realidades de diversos varones, específicamente, en el ámbito rural.

Párrafos atrás se mencionaba que existen varones que no satisfacen su placer sexual sólo con mujeres, sino que se involucran en relaciones con otros hombres, aun estando en una relación de pareja, ya sea de noviazgo, unión libre o matrimonio. Ello, en su imaginario, ¿sería una muestra de infidelidad?

Aquí no interesó realizar una medición de en qué porcentaje los varones son infieles, ni las causales que llevan a ello. Sirvent (2011) comenta que, en España, el 70% de hombres han tenido alguna relación extraconyugal y que, por lo menos el 37% de ellos, tuvieron una aventura en los primeros diez años de matrimonio, pese a que la monogamia todavía permanece como una idealización en los vínculos amorosos. De igual forma, en su investigación, se hace referencia a aspectos biológicos, sexuales y psicosociales que motivan a la “ruptura” del compromiso.

La infidelidad puede darse en el plano sexual, es decir, sólo tener una actividad dirigida a la satisfacción del deseo sexual, sin implicar emociones o romanticismo. Asimismo, se puede dar aquella donde los sentimientos se interponen como una causal para poner en peligro una relación de pareja. Si bien los datos reflejan que los varones son quienes evidencian mayor infidelidad, la cuestión aquí fue identificar cómo ellos perciben el concepto en sí y cómo reaccionarían si su pareja mujer les fuera infiel, porque, a final de cuentas, aunque en el imaginario masculino no pareciera dársele importancia a infringir esta cláusula del compromiso, sí pudiera resultar dañino (en el aspecto emocional y hasta físico) el hecho de ser “engañados” (Posada y Noreña, 2014).

Dentro de las conductas tradicionales machistas, parecía una tradición que iniciar a un varón en el ejercicio de la actividad sexual era forzoso, y que para ello se requería de los servicios de mujeres prostitutas. Los padres o abuelos ejercían de guías para ello, traslapando una violación a la

intimidad de sus hijos. El patrón cultural estaba tan marcado que se replicaba esta práctica como forma de ayudar a “convertirlos en hombres”. Conforme se fueron gestando cambios en las idiosincrasias en diversas latitudes, parece que ahora son los jóvenes quienes buscan diversas maneras para “iniciarse”, incluso, las mujeres ya no son la única alternativa, pues hay varones cuyas primeras experiencias sexuales son con otros chicos.

La prostitución es una actividad que por siglos ha sido cuestionada, pero permanece, al grado que ha evolucionado denominándose de diversas maneras acorde con el estatus de la persona quien la ejerce, pero también, con la inserción de varones en su práctica. En los imaginarios, por lo general, se refiere que hombres travestis y trans son quienes ejercen la prostitución, pero también hay gays, bisexuales y hombres cisgénero que recurren a ella como una alternativa de vida o de obtener ingresos adicionales; en otros casos, se da por estar inmersos en una situación de explotación.

El término prostitución interesó para la investigación como una forma de comprender las realidades de hombres rurales respecto a cómo la perciben, si han recurrido como clientes, si contratar a una prostituta (o prostituto) lo asimilan como una manera de ser infieles y, también, qué piensan de aquellos varones que la ejercen. Asimismo, cómo reaccionarían si una mujer de su entorno familiar o comunitaria tuviera que ejercer la venta de placer sexual como forma de subsistir. Al respecto, conviene referenciar los hallazgos de un estudio realizado en New Haven, citado por Sirvent (2011), donde se manifiesta que, en las relaciones interpersonales, hombres participantes identificaron como relevantes:

En orden descendente de importancia, estos grupos son los siguientes: comunicación íntima/apoyo, comprensión/valoración, tolerancia/aceptación, flexibilidad/moldeabilidad, valores/capacidades, familia/religión, finanzas/quehaceres domésticos, atracción física/ romance apasionado, agrado/amistad, y fidelidad. Conviene observar que tanto la intimidad como la pasión y el compromiso —a través de la fidelidad— son relevantes a largo plazo. (p. 61)

Si bien la coherencia pudiera no estar presente entre lo que se piensa, se dice y se hace, fue necesario cuestionar a los informantes para determinar si en sus realidades, los discursos están alineados a sus comportamientos.

SEGUNDA PARTE

ACTITUDES DE VARONES RURALES TABASQUEÑOS
HACIA LA FLUIDEZ SEXUAL

IV. Los sujetos y su terruño

Abordar la fluidez sexual, sin duda, no se debe quedar sólo en el aspecto conceptual. Es necesario encontrar casos que reflejen esa realidad que se presenta en múltiples contextos, incluidos los rurales. Abarcar todos esos espacios es imposible, por la complejidad que encierra identificar posibles informantes, por obtener sus testimonios, por registrarlos e interpretarlos. Por ello, se delimitó el estudio que permitiera describir y adentrar en las prácticas y discursos que hombres tienen hacia la sexualidad, específicamente, relacionados con la conceptualización de las orientaciones sexoerótico-afectivas y las prácticas sexuales que desarrollan.

En primer lugar, se optó por centrar la investigación en una comunidad rural del municipio Tacotalpa, en Tabasco, México. En segundo, se seleccionaron varones con edades en un rango de los 26 hasta los 40 años, a quienes podría clasificarse como *millennials* o de la Generación Y (nacidos entre 1980 y 1993, aproximadamente).

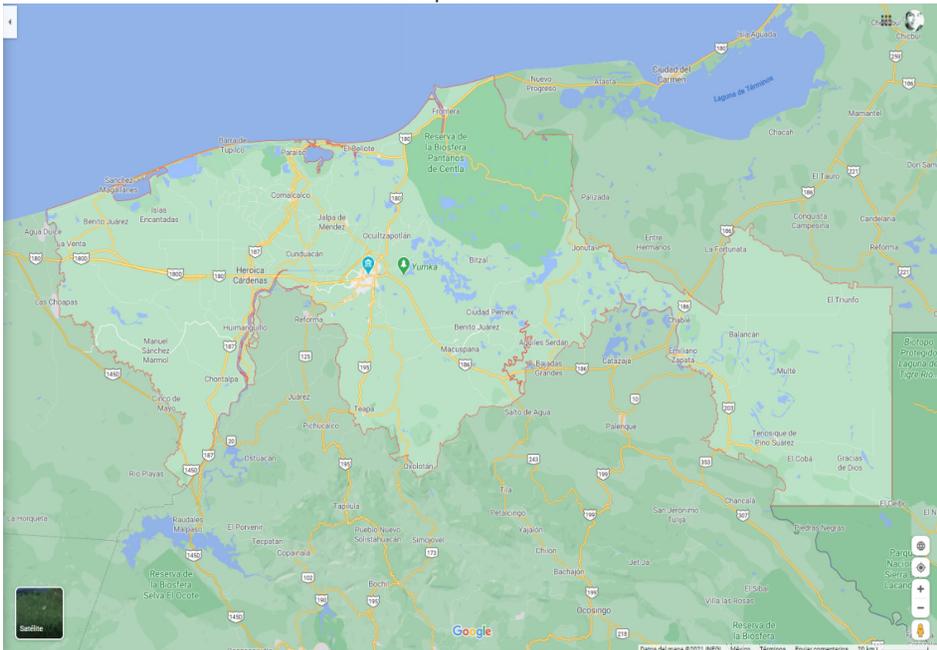
Se define este grupo por ser uno de los que ha tenido exposición a contenidos difundidos por medios de comunicación masiva como la televisión, además, por considerarse un sector poblacional con mayor acceso a niveles educativos (medio superior, incluso superior), cuando en generaciones previas sólo podían aspirar, quizá, sólo a estudiar niveles básicos. Como consecuencia, el tema asociado a la sexualidad estaba lejano de ser integrado en la formación educativa oficial, y mucho menos, en la formación que se ofrecía de manera informal con la familia y la iglesia. Además, el hecho que haya sido con varones rurales fue para determinar si hay coherencia

entre lo que se piensa, se dice y se hace respecto a las interacciones sexuales entre hombres, para identificar cómo se expresan hacia los homosexuales en el ámbito público, y establecer, incluso, si tuvieron o tienen experiencias bisexuales en su adolescencia, juventud y hasta en la adultez.

Donde abundan los jaguares

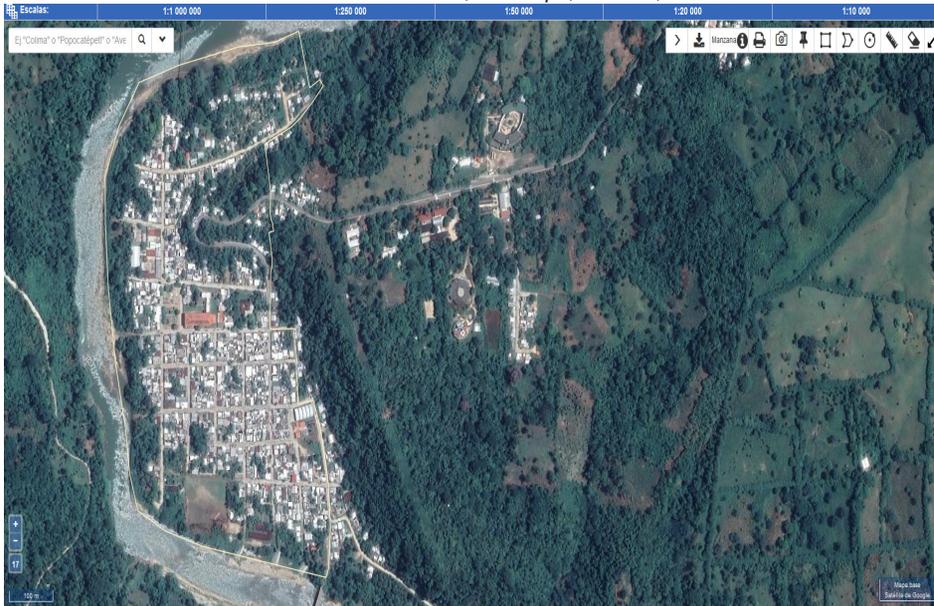
El contexto espacial elegido para la investigación fue el poblado Oxolotán. Esta población se localiza en el municipio denominado Tacotalpa, al sur del estado de Tabasco (véase la figura 2). El Instituto Nacional de Geografía y Estadística la identifica con la clave 270150041 y le atribuye una ubicación geográfica en la longitud $17^{\circ} 22' 51.0''$, latitud $-92^{\circ} 45' 0.0''$. Asimismo, señala que este poblado tradicional posee una altitud de 50 metros sobre el nivel del mar (INEGI, 2020). (Véase la figura 3.)

FIGURA 2. Mapa del Estado de Tabasco. En el sur, en la sierra de Tacotalpa, se ubica el poblado Oxolotán



FUENTE: Google Maps.

FIGURA 3. Poblado Oxolotán, Tacotalpa, Tabasco, México



FUENTE: INEGI (s/f).

El INEGI refiere que, en Oxolotán, la principal actividad económica es el comercio. Aunque también se realizan las asociadas con la agricultura, cría y explotación de animales, pesca, elaboración de artesanías, siembra y corte de árboles. Asimismo, la localidad cuenta con servicios básicos como agua entubada, electricidad, alumbrado público, servicio de recolección de basura, entre otros. Igualmente, destaca que su población (al Censo 2020) fue de 1 949 personas, que se clasifican como 51.3% mujeres y 48.7% hombres (INEGI, 2020). Se autoadscriben como indígenas 556 habitantes. En la tabla 2 se puede ver cómo se desagregan por grupo de edad y sexo.

De sus habitantes, el promedio de escolaridad es de 10.8 años, siendo la población masculina la que tiene un número superior respecto al grupo femenino (11.23 contra 10.39 años). Se puede afirmar, también, que la mayor parte se identifica como católica (74.85%). En dicho censo se contabilizaron 136 personas con discapacidad y se determinó que en la localidad existen 833 viviendas, aunque sólo 557 estaban habitadas (INEGI, 2020).

Oxolotán, Tacotalpa cuenta con una cancha deportiva, un parque, biblioteca municipal, casa de la cultura, salón de usos múltiples, centro de

salud. Para comunicarse con otras localidades y la cabecera municipal dispone de una carretera donde transitan vehículos que prestan el servicio de transporte público y particular.

TABLA 2. Población en Oxolotán, Tacotalpa

<i>Rango (años)</i>	<i>Cantidad</i>	<i>Hombres</i>	<i>Mujeres</i>
0-9	314	152	162
10-19	373	193	180
20-29	327	162	165
30-39	289	125	164
40-49	254	127	127
50-59	163	77	86
60-69	120	60	60
70-79	70	32	38
80 y +	39	21	18

FUENTE: elaboración propia con datos del INEGI, 2020.

Cabe destacar que, en dicha localidad, desde 2005 se cuenta con una institución de educación superior, lo que favorece para que haya más población, aunque estas personas no se contabilicen porque su residencia es temporal. Estudiantes de la Universidad Intercultural del Estado de Tabasco (UIET) sólo transitan por motivo de llegar al poblado para estudiar, lo que ha cambiado la dinámica del lugar, porque se tiene presencia de jóvenes de otras comunidades del municipio, incluso, del vecino estado de Chiapas.

Ellos, los informantes

Llegar a consolidar el objetivo de la investigación requirió de un entramado que diera guía al proceso de planificación y obtención de la información, así como su análisis. Para el caso, el propósito fue obtener datos discursivos, identificar actitudes, así como las prácticas sexo eróticas sin necesidad de estandarizarlas y homogenizarlas para todos los hombres rurales.

Se buscó contrastar la relación entre las actitudes, discursos y las prácticas asociadas a la fluidez sexual en hombres *millennials* que viven en el poblado Oxolotán, ubicado en la zona rural del municipio de Tacotalpa, Tabasco. Y para su alcance, fue necesario describir cómo son los discursos y actitudes de varones de dicha localidad respecto a la bisexualidad, la homosexualidad, la fidelidad. Asimismo, se pretendió identificar cuáles son sus prácticas sexuales más comunes para, posteriormente, indicar si las ideas asociadas al heteropatriarcado permanecen o se han modificado.

Así, el método que dio la pauta fue “el cualitativo”, porque permite recoger esas maneras de pensar, creer, idealizar, configurar realidades a partir del lenguaje y el simbolismo asociado a las construcciones identitarias. Con ello, se interpretan aspectos culturales que permitan comprender y explicar, o como se propone en el caso, contrastar discursos con acciones y actitudes.

Al no buscar una experimentación social, fue necesario que la recolección de la información se diera en una relación de confianza y de respeto al otro. Por la misma naturaleza de la temática planteada para la indagación, fue crucial que los discursos se acopiaran en una situación de privacidad y bajo una estricta garantía de confidencialidad para cada informante. Por ello, la técnica clave a aplicar fue la entrevista a profundidad.

Es necesario adentrarse en la vida del otro, penetrar y detallar en lo trascendente, descifrar y comprender los gustos, los miedos, las satisfacciones, las angustias, zozobras y alegrías, significativas y relevantes del entrevistado; consiste en construir paso a paso y minuciosamente la experiencia del otro. (Robles, 2011)

Para obtener la información se aplicaron entrevistas a diez hombres del poblado Oxolotán, Tacotalpa, entre agosto de 2020 y marzo de 2021. Para la selección de los informantes clave, fueron requeridos varones clasificados por tres aspectos: edad, pertenencia al ámbito rural y deseo de participar. El requisito de la edad fue clave, porque el rango propuesto eran personas *millennials* o de la generación Y, es decir, nacidos entre los años 1980 a 1993 (varones entre los 26 y 40 años). Asimismo, debían ser originarios, en este caso, de la comunidad Oxolotán, Tacotalpa, Tabasco y, pre-

ferentemente, continuar radicando ahí. Para la selección no fue necesario considerar otros aspectos, como la escolaridad y el estado civil; aunque estos aspectos sirvieron para categorizarlos. Asimismo, un factor que no fue considerado fue su credo, aunque durante la realización de las entrevistas, la mayoría coincidió en creer o profesar en el catolicismo, esto debido a que la mayor parte de la población se identifica con dicha religión. Asimismo, aunque se previó que la escolaridad no fuera un requisito, de quienes accedieron a compartir parte de sus experiencias de vida concordó que la mayoría (siete) eran hombres con estudios universitarios, ya sea a nivel licenciatura o posgrado. Para efectos de la narrativa, se asignaron nombres ficticios a los informantes entrevistados (aunque se les puede caracterizar acorde con los datos que se ofrecen en la tabla 3). Se les contactó de manera personal y se les explicó el propósito de la investigación, la confidencialidad y anonimato para que tuvieran la certeza de hablar en forma honesta, porque algunos aspectos —por no decir la mayoría— se centraron en su vida privada y sexual. Igualmente, con miras a construir confianza y garantizar la discreción, se grabó la entrevista, siempre y cuando el informante diera su consentimiento. En los casos donde no se obtuvo dicha aprobación, se escribieron notas sobre lo expresado, aunque se buscó mantener el carácter natural de la expresión oral y de las palabras textuales usadas para conservar lo más puro el discurso.

Se proyectó utilizar la técnica *bola de nieve*, para establecer contacto con otros hombres que fungieran como informantes clave, sin embargo, esto no fue posible. Ante ello, se recurrió a la búsqueda de los posibles entrevistados preguntando directamente a varones de la localidad si quisieran compartir sus experiencias de vida. Lamentablemente, la mayoría no accedió, por lo cual el número y calidad de testimonios fue reducido. Incluso, algunas narrativas surgieron de pláticas no formales o previamente pactadas. Asimismo, como parte del proceso de investigación fue requerido que el instrumento (guion de entrevista) se diseñara de tipo abierto para dar paso a la exploración libre de las ideas, significados, estructuras sociales y simbólicas, sentimientos, saberes, valores, cosmovisiones, es decir, la identidad individual y colectiva.

Se buscó dar respuestas a dos interrogantes básicas: ¿cómo califican y conceptualizan términos como sexualidad, bisexualidad, homosexualidad

y fidelidad los hombres de la zona rural?, y ¿cómo fue o es el comportamiento sexual que los hombres de las zonas rurales practicaron durante la adolescencia-juventud o practican, incluso, en la etapa adulta?

TABLA 3. *Caracterización de informantes*

#	ID	Edad	Escolaridad	Estado civil	Orientación	Religión
1	Gamaliel	36	Maestría	Casado	Heterosexual	Católico
2	Gabriel	26	Licenciatura	Soltero	Bisexual	Católico
3	Gaspar	38	Secundaria	Casado	Heterosexual	Adventista
4	Gerardo	40	Licenciatura	Casado	Homosexual*	Católico
5	Gerónimo	35	Licenciatura	Soltero	Homosexual	Católico
6	Gilberto	34	Bachillerato	Casado	Heterosexual	Protestante
7	Giovanni	36	Licenciatura	Soltero	Bisexual	No creyente
8	Gonzalo	34	Bachillerato	Casado	Heterosexual	Católico
9	Guillermo	38	Licenciatura	Casado	Heterosexual	Católico
10	Gustavo	30	Licenciatura	Soltero	Homosexual	Católico

NOTA: * = Homosexual no declarado.

FUENTE: Elaboración propia.

Para el análisis de la información, al ser una propuesta cualitativa, se recurrió al uso de la reducción y la categorización para comprender los discursos y complementar con el análisis del discurso a nivel cognición o comunicación de creencias y, así, determinar si estas corresponden con las actitudes y prácticas sexuales narradas por los entrevistados.

V. La fluidez sexual en voz de *los oxolotecos*

El objetivo de la investigación se centró en determinar cómo son los discursos de hombres que viven en zonas rurales respecto a conceptos asociados a la sexualidad y sus sentires respecto a las prácticas sexuales entre hombres. Igualmente, como parte del proceso de indagación se buscó relacionar esos discursos con sus experiencias, tanto actuales como las pasadas. A continuación, los hallazgos se agrupan en relación con las siguientes categorías:

- Percepción de la sexualidad
- Identidad y sexualidad
- Roles y estereotipos en hombres rurales
- Actitudes hacia lo diverso
- Actitudes hacia la fidelidad
- Fluidez sexual
- Comportamientos eróticos y sexuales

La sexualidad y su percepción entre hombres rurales

Teóricamente, se ha mencionado que la sexualidad es un conjunto de diversos aspectos dentro de los que se agrupan los biológicos (sexo), socio-culturales (género) y psicológicos (orientación sexo-erótico-afectiva). Sin

embargo, en el plano de las masas, estos conceptos no siempre se comprenden, porque se tornan en temas tabú en las familias, incluso, hasta en las escuelas, o no se comprenden por el simple desinterés de ampliar los horizontes respecto al conocimiento. Ello ha implicado que se confundan o se distorsionen los significados, más aún, en sociedades y localidades que se localizan en entornos rurales.

Por ello, cuando se indagó con los informantes en las entrevistas, se cuestionó sobre palabras clave para profundizar sobre el nivel de conocimiento de aquéllos, así como sobre su actitud y comportamientos hacia la diversidad sexual. De esta manera, se ha encontrado que la sexualidad se reduce y es percibida sólo con aspectos de la genitalidad, lo cual podría considerarse lógico, porque en la sociedad contemporánea persisten las significaciones basadas en la dimensión biológica (genital-reproductiva), que fortalece la idiosincrasia moral-cristiana (Núñez, 2015). Es decir, no existe una comprensión de todo lo que engloba el concepto y cómo influye en sus vidas cotidianas, en las relaciones socioculturales y de poder. En términos generales, el reflejo de los hombres entrevistados resulta sorprendente porque, en su mayoría, tienen formación universitaria (siete de diez). Aunque en la realidad mexicana, lo cierto es que la educación sexual ha sido relegada y limitada por las percepciones morales que se tienen hacia la temática.

A nivel cognitivo, se ha encontrado que no se distingue la diferencia entre estos conceptos. Principalmente, el sexo se asocia con las relaciones y prácticas sexuales, en lugar de referirse a la dicotomía hombre-mujer, que involucran las diferenciaciones, sobre todo, debido a los componentes biológicos. Por el hecho de contar con una formación académica media superior y superior en la mayoría de los informantes, podría asegurarse que el nivel actitudinal fluctúa entre una mentalidad abierta a nuevos aprendizajes, aunque persisten ideas adquiridas desde la crianza y el desarrollo social (interacción) con la familia y estímulos provenientes de otras personas (amistades) e instituciones (escuela y la iglesia, primordialmente).

Como parte del proceso de socialización, la educación sexual es limitada. En las escuelas, por lo menos desde la experiencia de los entrevistados, se centraba en información para comprender la biología del cuerpo humano y de la prevención del embarazo. No había más. Entonces, las

personas cercanas (familiares, amistades) fueron quienes formaron (o mal formaron) esos constructos en la vida de los hombres de esta localidad. En otros casos, la misma necesidad de prohibir el contacto con esos temas provocó la desinformación.

Casi no tenía contacto con nadie porque mi mamá no me dejaba salir. No dejaba que saliéramos a la calle, pero cuando salía a la calle encontraba a las personas un poquito más grandes que yo. Pues ya hablaban de pornografía y cosas así, que veían alguna revista o veían pornografía y así se masturbaban. (Gabriel, 26 años, comunicación personal, octubre de 2020)

Si bien el proceso de socialización es constante y dinámico, la identidad individual se va construyendo desde el nacimiento, cuando se ejerce una influencia por parte de la familia al asignar un sexo de nacimiento y de crianza, acorde con los patrones que marca la sociedad en que está inserta, los cuales se perpetúan por la interacción social, y que van a definir la identidad.

Las amistades también forman parte de ese proceso continuo de aprendizaje por la interacción. Para el caso de tópicos asociados con la sexualidad, principalmente, sobre prácticas sexuales, son los amigos quienes “orientan” y enseñan sobre, por ejemplo, masturbación y eyaculación.

Tenía la duda y, aunque en una clase nos enseñaban sobre embarazos, afuera ya sabíamos qué era la eyaculación y la masturbación. A veces le preguntaba a una amiga qué se sentía tener senos y si no era molesto. Ella me decía que no. Luego me devolvía la pregunta diciendo si me dolía tener testículos o si se mueven mucho, a lo que respondía que no; que lo que sí se mueve es el pene. O, por ejemplo, les preguntaba qué sentían cuando les bajaba su menstruación. Una, incluso, me decía que sentía rico. Y ya luego me preguntaban qué se sentía eyacular y, pues, cuando uno lo descubre y lo practica, también puede asegurar que se siente rico. (Gabriel, 26 años, comunicación personal, octubre de 2020)

Sexualidad e identidad

Una de las categorías clave del estudio fue la relación entre la identidad y la sexualidad. El hecho de ser consciente de la individualidad permite concebir a cada ser humano con sus particularidades. Sin embargo, también es parte de un colectivo que, para este caso, se agrupa bajo el término hombre.

Los hombres (en el caso biológico, todos lo son), comparten entre sí que son miembros de una comunidad rural ubicada en el municipio de Tacotalpa, Tabasco. Asimismo, que forman parte de la generación Y (nacidos entre 1980 y 1994). De los entrevistados, también se puede asegurar que comparten en su mayoría, como identidad colectiva, poseer formación a nivel bachillerato y universitaria. Asimismo, nueve de los diez creen o ejercen una religión, principalmente, el catolicismo.

Si bien es cierto que la identidad se constituye en diversos factores, para este apartado, interesa definir cómo se autoperciben —en cuanto a su orientación sexo-erótico-afectiva— los hombres que formaron parte del estudio. Aunque en la tabla 3 que antecede en el capítulo IV se categoriza con base en los resultados, previamente a realizar las entrevistas, se desconocía este dato, de ahí la importancia de mencionarlo en este rubro. Así, se puede asegurar que Gamaliel (36 años, con maestría) se asume como heterosexual masculino tradicional, mientras que Gabriel (26 años, con licenciatura) asegura que es bisexual, pero puede ser percibido como heterosexual, porque tiene un comportamiento masculino (acorde con los cánones marcados por la sociedad heteronormada y patriarcal), es decir, “no se le nota”. Por su parte, Gaspar (38 años, con secundaria) no supo definir el concepto para representarse, lo que sí tiene seguro es que es “bien macho”. Gilberto (34 años, con bachillerato) afirma que le gustan las mujeres, es decir, tiene una identidad heterosexual, lo mismo que Gonzalo (34 años, con bachillerato) y Guillermo (38 años, con licenciatura). En el caso de Gerónimo (35 años) y Gustavo (30 años), ellos se asumen y llevan una vida pública como hombres homosexuales. Es decir, están fuera del armario, como se emplea en el argot homosexual. Dos de los casos no esperados —a partir de la idea estereotipada y del prejuicio a partir de las expre-

siones de género— fueron el de Giovanni (36 años, con licenciatura), quien dice de sí que, aunque “es algo amanerado y femenino”, en realidad se asume como bisexual, aunque la gente piense lo contrario. Y el de Gerardo (40 años, con Licenciatura), quien públicamente lleva una vida como hetero, pero se autoidentifica como homosexual.

La configuración de la identidad y la orientación sexo-erótico-afectiva es más común que se definan en la adolescencia. Sin embargo, desde la experiencia personal de Gerónimo y Gustavo, ellos desde pequeños se asumieron diferentes porque percibieron que su sexualidad estaba marcada como homosexuales. No ocurrió así con Gabriel, quien hasta que cursó la secundaria fue que identificó su atracción hacia las niñas, y hasta bachillerato fue que percibió afinidad hacia su mismo sexo. Es decir, su bisexualidad no fue espontánea sino que la fue descubriendo paulatinamente.

Por una niña que era mi amiga, bueno, hasta ahora es mi amiga. La veía como mi amiga, pero sí me atraía porque la veía bonita, me gustaba su cabello, su cuerpo, que era delgada. Ya luego me dejó de gustar porque su comportamiento no me gustaba. La veía muy accesible porque se besaba con uno y con otro y no lo veía bien. Ya luego fui descubriendo, fui entendiendo que era parte del desarrollo humano. Fue complicado porque, pues acá esos temas no se hablan. (Gabriel, 26 años, comunicación personal, octubre de 2020)

Se esperaba, desde un inicio del proceso de indagación, que los informantes se asumieran como hombres hetero. Esto considerando la realidad del contexto (ámbito rural). Sin embargo, de los diez varones, la mitad se sale de esa “norma”, pues dos se asumieron bisexuales y tres como homosexuales, lo cual evidencia la diversidad sexual en dicha localidad.

El hecho de ser hombres adultos ha permitido que su identidad esté definida. Sin embargo, como asegura Balbuena, los hombres “se encuentran en posibilidad de definir su propio destino” (2014, p. 52). Y en ese proceso de construcción, deconstrucción y reconstrucción, la vida personal y pública se transforma, pues el transitar de las personas se ve marcado por diversos estímulos que impactan, para bien o para mal, en el ser, en el saber y en el hacer.

¿Masculinidad o masculinidades? Roles y estereotipos en hombres rurales

En las construcciones tradicionales se ha comprobado la persistencia de que sólo hay una manera de ser hombre, lo cual se refleja en el discurso obtenido. ¿Cómo debe ser un hombre masculino en el ideal de los entrevistados? En los hallazgos, como se dijo previamente, se reproducen mayormente ideas asociadas a la masculinidad hegemónica, donde el ser hombre implica gozar de ciertas cualidades como:

[...] varonil, galán. Un hombre serio y formal que atienda sus responsabilidades y se dé a respetar. Que le gusten las mujeres y actúe como hombre. Que se vista como hombre y piense como hombre. Que sepa manejar carro y sea hasta galán. Que sea fuerte y sin miedo, y enseñar eso a los hijos. Y mantener bien a tu familia, que no le falte nada porque pues no sea que tu mujer se vaya si no la mantienes bien o se busque a otro que sí pueda. También debe atenderla uno bien en la cama, demostrarle que se lo sabe hacer para que no se aburra. (Gamaliel, 36 años, comunicación personal, septiembre de 2020)

Esto se hace patente a lo largo de su discurso, evidenciando la persistencia ideológica tradicional tanto en su actitud como en su comportamiento. Así, se confirma que los roles y estereotipos tradicionales perduran en este caso, así como ciertos pensamientos y comportamientos machistas. Esta afirmación se sustenta en la narrativa de tres entrevistados cuando comentan:

Uno es criado como hombre y debe comportarse como tal. Nada de tontearías de jugar a ser mujer. Siempre respetando, pero pues uno es varón y así debe comportarse [...] uno es hombre. A uno le toca ser quien mande en la cama. A las mujeres les gusta que así sea, que su hombre le vaya enseñando [...] trabajo para mantener a mi mujer y mi hijo. No sé qué más puedo hacer para colaborar. (Gamaliel, 36 años, comunicación personal, septiembre de 2020)

Ya sabes, uno en el pueblo, pues, debe comportarse como hombre, y en el destino de todo güey [*sic*], pues está el crecer, casarse y tener hijos. Ser esposito ejemplar y bien portado. Yo me considero una persona responsable y atento, y pues soy un excelente proveedor. (Gerardo, 40 años, comunicación personal, septiembre de 2020)

En mi casa somos puros varones. Mi mamá nos enseñó a hacer las cosas de casa. Nosotros empezamos, en cierta manera, a ser responsables en el quehacer. Desde que nosotros tuvimos edad como para aguantar una escoba, ya nos encargamos de hacer el aseo. Conforme fuimos creciendo ella nos enseñó a cómo hacer otras actividades, a cómo trabajar, y así mis hermanos y yo nos íbamos turnando. No había preferencia; nos turnaba a cada uno para hacer la limpieza. Salvo cuando cumplíamos años, nadie hacía algo, era un descanso. Yo veo bien eso. Reconozco porque me ha tocado ver niños que no son capaces de colaborar, pese a que algunos vecinos lo veían mal porque, pues según, es una actividad que hacen las niñas. Pero en mi casa creo que nos gusta hacer la diferencia. (Gabriel, 26 años, comunicación personal, octubre de 2020)

Otro de los hallazgos obtenidos en la continuación de algunas ideas asociadas a la masculinidad tradicional es compartido el asociar la identidad masculina, con aspectos que se reflejan en comportamientos de dominación y control, posiblemente, por el contexto de crianza, donde al hombre se le han otorgado las ventajas referidas, tanto en el ámbito público como en el privado. Sin importar la orientación sexo-erótico-afectiva de los informantes, persiste el pensamiento colectivo de que, por ser hombres, son quienes llevan la delantera en relación con otras personas.

Asimismo, como parte de las representaciones de la masculinidad tradicional, la idea de mostrarse débil o sensible resulta poco apropiado, incluso asumiéndose como una persona no heterosexual. Ejemplo de ello es la narrativa de Gabriel, de 26 años, quien se define como bisexual y percibe las relaciones amorosas como algo complicado. Es decir, se apropia de una coraza basada en preceptos que dañan su vida afectiva y emocional para que persistan esos patrones tóxicos, en lugar de replantearse los pensamientos y conductas que por construcción sociocultural le fueron impuestos.

Estoy soltero y sin compromisos porque así lo he elegido. No he querido tener una relación, porque soy muy egoísta con mi tiempo... No sé, soy muy complicado, y como que nadie aguanta la primera prueba, es decir, mi manera de pensar, de decir las cosas, mi forma de ser. Sí soy cariñoso, pero a mi manera. Nadie me ha entendido... Siento que es una manera de protegerme, porque no me gusta dejarme de nadie, para que no hagan conmigo lo que quieran o que jueguen conmigo o se burlen. Así, me puedo describir quizá como alguien frío. Una persona muy exigente, pero si alguien me llega a conocer como en el fondo, podrían verme como una persona linda, pero acostumbro a dar lo que me den. Creo que depende, porque cada persona se gana un trato. Puedo ser frío, cariñoso, amable, directo, chocante, amargado, alegre... depende de con quién esté y de cómo sea la persona. (Gabriel, 26 años, comunicación personal, octubre de 2020)

Esa complejidad, como él la nombra, podría estar influenciada por el ejemplo que vio en su infancia, toda vez que sus padres vivieron una relación basada en la violencia, donde la madre resultó afectada física y emocionalmente. Dicho patrón lo ha reproducido uno de sus hermanos, lo cual resulta algo “malo” y que él no estaría dispuesto a vivir:

Nunca tuve papá como tal. Sólo lo tuve presente ahí por respeto. Era que mi mamá se separaba mucho de él. No recuerdo nada bonito. Básicamente, fue difícil. Recuerdo que mi papá maltrataba a mi mamá. Todo fue violencia, en todos los sentidos. (Gabriel, 26 años, comunicación personal, octubre de 2020)

Otro elemento por considerar es cómo perciben a las mujeres y los nuevos patrones que van marcando su vida pública y privada. Aunque, como se mencionó líneas atrás, persisten algunas ideas asociadas a los roles y estereotipos tradicionales, al cuestionar sobre el hecho de “cuidar la virginidad” hasta el matrimonio, Gamaliel dejó entrever que está a favor de que las mujeres tengan prácticas sexuales sin tener que casarse, así como ocurre con los varones. Esta idea es influencia del haber conocido experiencias de otras mujeres independientes, no así en la vida de su ahora esposa, con lo cual la actitud se modifica. Ahí evidencia, de nueva cuenta,

la hegemonía del pensamiento machista y de la santidad simbólica que se le guarda a las *madresposas* (Lagarde, 2014, p. 282). En contextos rurales sigue estando “mal visto” que ellas ejerzan su derecho a una práctica sexual, o no se quiere reconocer que por décadas se han dado estas situaciones. Lo cierto es que en el aspecto actitudinal del entrevistado hay ruptura a las ideas tradicionalistas, y se va gestando un comportamiento positivo a este derecho de las personas, que no debe ser impedido por ideas basadas en la religión o en la moral.

Actitudes hacia la homosexualidad

El poblado Oxolotán, Tacotalpa, se cataloga como una población rural con antecedentes indígenas, específicamente, de la cultura zoque. Su población es relativamente pequeña, pues no sobrepasa los 2 000 habitantes. Con la instalación de la Universidad Intercultural del Estado de Tabasco, en 2005, la localidad se ha tornado más diversa por la presencia de estudiantes de otras comunidades del municipio o de la región, incluso, del norte de Chiapas.

Esto ha permitido, quizá, algunos cambios. Entre ellos, el acceso a la educación superior y la mejora en la calidad de vida, que era un derecho negado a generaciones pasadas que vivieron en localidades rurales. Con la mezcla de cosmovisiones se ha generado una mayor apertura hacia diversidad de fenómenos socioculturales, que permiten generar una percepción positiva hacia algunos temas, como la sexualidad. “En la secundaria creo que a mí me tocó conocer un poquito más de las orientaciones sexuales, por ejemplo, mujer con mujer y hombre con hombre” (Gabriel, 26 años, comunicación personal, octubre de 2020).

En el referente a la diversidad sexual, el hecho de estar viviendo cambios a nivel global ha impactado incluso en localidades rurales, aunque también dependerá de la percepción de las personas. Para el caso del informante uno, se evidencia que el aprendizaje —que se fue construyendo en los años de vida de esta persona— estuvieron marcados por su contexto. Sin embargo, asistir a la universidad en el ámbito urbano le permitió abrir el panorama a otras manifestaciones que, en el caso, se relacionan

con el respeto a las orientaciones sexo-afectivas no heterosexuales. Para Gamaliel —pese a no lograr definir cómo tal los conceptos como homosexualidad o bisexualidad—, sí resulta factible la inclusión de personas de la diversidad y el goce de ciertos derechos, aunque con ciertas restricciones. Por ejemplo, al cuestionar sobre el hecho de que existan parejas homosexuales, tanto de hombres como mujeres, su actitud fue de respeto y tolerancia, incluso, aprueba la idea del matrimonio igualitario. Así, se reproduce lo obtenido en la entrevista respecto a este aspecto.

Pues, yo respeto. Uno que ya ha estudiado, pues, conoce un poco, y pues digo que está bien porque, pues, cada quien su vida. Conozco compañeros que son *así* [homosexuales], y pues, buen pedo. Yo no tengo problemas con que haya hombres *así*. Aquí en el pueblo hay de conocidos que son de años *así*. De más joven, pues, sí pensaba diferente, pero ya que uno va conociendo y madurando, pues piensa en una nueva manera, pero hay quienes no cambian su manera de pensar [...] para mí está bien. De hecho, a veces veo a unas chicas que creo viven juntas y se les ve felices, aunque sí las critican mucho [...] Yo digo que, mientras no afecten a otras personas, sí pueden casarse, aunque, pues, aquí en el pueblo eso no creo que pase, porque pues la tradición dice que sólo es hombre con mujer. Pero en la ciudad, yo creo que sí se puede. (Gamaliel, 36 años, comunicación personal, septiembre de 2020)

Lo que refleja la opinión del informante versa sobre su actitud hacia otras personas, porque entre sus familiares —aseguró— no hay personas de la diversidad sexual. Por ello, en una charla con dos hombres homosexuales del poblado Oxolotán —quienes afirmaron que desde muy pequeños percibieron que eran “diferentes” a otros niños— se les preguntó cómo reaccionó su familia ante esta identidad en su sexualidad. A continuación, se reproducen sus comentarios.

Pues en mi caso lo tomaron bien, como ya se me notaba desde chiquito. Incluso, una ocasión cuando ya me separaron del cuarto que compartía con mi hermana y me hicieron mi propio cuarto, pues me dijeron que era para mí, por si quería traer hombre, mujer o lo que fuera. Y sí, cuando me visita algún amigo, pues mi familia respeta. Incluso hasta le hacen comida. Son respetuo-

sos, y yo también pues les aviso: hoy viene tal persona y pues hasta conviven con mis visitas. (Gerónimo, 35 años, comunicación personal, agosto de 2020)

Conmigo sí fue un poco diferente. Al principio no lo aceptaron; sobre todo, mi papá. Me prohibía juntarme con otros gais. Incluso hasta me llegué a pelear con él, porque corría a mis amigos. Hasta que, pues, ya lo aceptó y ya. Por ejemplo, cuando llega esta loca [refiriéndose a su amigo Gerónimo] hasta se ponen a platicar. Y pues, como yo trabajo fuera, pues es un alivio saber que a través de él puedo estar un poco más tranquilo, por si algo le pasa a alguien de mi familia. Ahora por la pandemia, pues, estoy acá, y pues ya convivimos con ésta [nombra en femenino a su amigo, quien no tiene problemas al identificarse como “loca”], pero antes sí la corrían, pero pues una es así desde chica. (Gustavo, 30 años, comunicación personal, agosto de 2020)

La realidad en la localidad ha puesto de manifiesto que, aunque se respeta en cierto grado la diversidad sexual, para algunas personas, sobre todo, las de generaciones previas a la *millennial*, es complicado comprender que hombres feminizan su expresión o identidad de género, porque “lo natural” es esperar un comportamiento masculino tradicional. Núñez (2015) asegura que la existencia sexual bajo la representación hegemónica califica una relación entre varones como antinatural, perversa y patológica. Por ejemplo, en la narrativa del informante denominado Gamaliel, si bien es cierto que su actitud es de cierta apertura e inclusión, en su comportamiento evidencia que hay ciertas ideas tradicionales que denotan cierto rechazo, sin caer en la homofobia. Dicha postura está pautada por los roles y estereotipos de género, al manifestar ciertas reservas hacia las personas de la diversidad sexual y la posibilidad para adoptar. En su argumento explicaba que la adopción por parte de matrimonios igualitarios no debe darse, porque los hombres no están preparados para ello, pues esa actividad es de las mujeres. Y en el caso de ellas, es complicado también porque alguien debe proveer. Así, no hay una coherencia total entre la actitud y el comportamiento por parte del entrevistado hacia las parejas de la diversidad sexual.

Lo mismo ocurre en la práctica de Gerardo, quien asegura que pretende mantener un perfil bajo que no despierte sospechas de su verdadera

identidad sexual, a fin de evitar daños a su reputación individual y familiar.

Atisbos de homofobia y transfobia

El poder (esa categoría que se patenta en múltiples escenarios y que parte desde la individualidad hasta hacerse común en un colectivo) también se manifiesta entre los informantes. En sus narrativas se presentan múltiples ideas que reafirman la dominación hacia “personas inferiores” desde la perspectiva de su privilegio. “Desde esa posición domina, enjuicia, sentencia y persona. Al hacerlo, acumula y reproduce poder”, asegura Lagarde (2014, p. 139).

Y se trae esa categoría para demostrar cómo desde el discurso se simboliza la superioridad del macho respecto a otros varones. Y se patenta en las interacciones, en las reproducciones de roles y estereotipos, pero también en las ideas que persisten respecto a la feminidad de algunos hombres. Gaspar (38 años), Gilberto (34 años) y Gonzalo (34 años) representan esa manera típica del machismo perdurable en sociedades contemporáneas. Pese a considerarse de mediana edad, sus doctrinas —basadas primordialmente en la religiosidad— son viejas, donde el padre por lo general es quien moldea dichos preceptos. En este caso, la figura paterna representa autoridad (poder) sobre los hijos, y éstos continúan replicando el “comportamiento, las opiniones y —podría asegurarse— las expectativas de su familia”, aseguran Negrín, Galindo y Pérez (2020, p. 490).

En la sociedad mexicana predominan el machismo y la homofobia, pues el sistema sociocultural está sentado sobre la base de la figura patriarcal que lleva a la opresión y a la dominancia, principalmente, contra las mujeres y contra hombres feminizados. Esos patrones persisten en las comunidades indígenas, donde la violencia de género es una de las múltiples problemáticas estructurales que las aquejan. (Negrín *et al.*, 2020, p. 481)

Si bien la tolerancia y la aceptación pareciera ir abriendo brecha entre la sociedad, todavía es una situación preocupante la discriminación

y las situaciones de violencias gestadas en contextos varios, incluidos los rurales. En Oxolotán —aunque quizá no se presenten crímenes de odio o manifestaciones de violencia física— sí es fácil encontrar ejemplos de violencia simbólica y hasta psicológica en algunos hombres entrevistados.

A mis hijos les enseñó lo que a mí me enseñaron. Eso de andar con mariconerías no es aceptable. Es más, la biblia dice cómo debe comportarse cada quien. Nada de andar tonteando ahí. Uno es hombre y como hombre debe ser. ¿Qué es eso de andar maquillándose, moviéndose como vieja? Las que coquetean son ellas. Nosotros no. Y ahora tanto chamaquito desviado que se ve. Yo creo que son por las hormonas que les inyectan a los pollos. Ya la gente es floja y no quiere criar sus pollos; ahí andan comprando esos que a saber qué les ponen para convertir a la gente en putos. Por eso, a mis hijos les enseñó a trabajar y criar sus propios animales para que no se me echen a perder. Luego, hay unos que ya ni a la iglesia quieren ir. Así cómo no se van a malcriar los chamacos. Si ahí uno aprende, ahí nos dicen cómo debemos comportarnos. Y a mí me toca enseñarles a mis chamacos. No puedo permitir que el pecado los alcance. (Guillermo, 38 años, comunicación personal, agosto de 2020)

Cuando mi varoncito empezó a crecer, como que le fui viendo modos así de jotito. Entonces, le empecé a decir que no, que él es hombrecito y no quiero que me vaya a salir con sus mamadas. Ya hay mucho joto en el pueblo como para tener otro. Pero la culpa es de su mamá por andar consintiéndolo. Ya le dije que antes se les daba una madriza a los jotos y no quiero eso para él. Que debe tener una novia, se tendrá que casar y que quiero nietos. Digo, ‘toy joven aún, pero pues eso quiero. Eso de ser mujercita que se lo deje a otros; él tiene que ser bien macho como su padre. (Gonzalo, 34 años, comunicación personal, noviembre de 2020)

“En ninguna época es fácil vivir transgrediendo la norma social [...] pero en un país machista todo se complica”, asegura Carlos Monsiváis (2010, p. 54), y agrega: “A los afeminados de clase pobre, nomás por su aspecto, les corresponde las humillaciones en serie que, al despojarlos de

toda humanidad reconocida, les permiten sobrevivir” (p. 55). Y esas degradaciones que se hacen contra *el otro*, desde la falsa superioridad moral, persisten en el imaginario sociocultural respecto a cómo deben vincularse los varones en Oxolotán.

No estoy de acuerdo. Cuando uno nace, nuestro dios dice que eres hombre o mujer. Nada más. Es como yo, que soy bien macho. Ahora ves *cadás* cosas, que asustan. Le digo a mi mujer: “ya viste a tal, es rarito”. Luego, en la feria del pueblo aparece cada cosa que ya ni sabe si es mujer o demonio, como decimos aquí. En lugar que se porten bien machín, esos del *otro bando* se enloquecen cada que hay una fiesta. No respetan la tranquilidad de los demás... Que hagan sus porquerías en sus casas, los demás paqué queremos verlos. Ya es demasiado tanto *shoto*; de la nada aparecen. (Gaspar, 38 años, comunicación personal, noviembre de 2020)

Asimismo, se cuestionó sobre su actitud a las personas trans. Se detectó que confunde a las personas travestis y en el discurso se vislumbraron atisbos de machismo y misoginia. El hecho de que un hombre se vista o se comporte como mujer implica un rechazo no sólo en la palabra, sino también en las acciones del entrevistado. Un varón feminizado resulta poco atractivo, y sí se torna en objeto de burla, sobre todo en contextos rurales, porque lo correcto es que “no esté afeminado, que camine como hombre y se vista como hombre. Que hable como hombre, no como mujer porque eso se ve feo” (Gamaliel, 36 años, comunicación personal, septiembre de 2020).

Actitudes hacia la fidelidad

Y hablando de moral, otro concepto que se pretendió poner en la mira y determinar si hay coherencia entre lo que se piensa, siente y hace, es el de la fidelidad. En los procesos de interacción social a partir de la crianza, a las personas se les van inculcando diversidad de ideas, creencias y formas de conducirse. Algunas, asociadas a cada género, mientras que otras parecieran universales para determinado grupo, sin importar si se es hombre o

mujer (bajo la dicotomía tradicional). Una de estas se asocia con el mito del amor romántico, el matrimonio para toda la vida y la correspondiente fidelidad; preceptos fundamentados en la moral cristiana, que se mantienen en la época actual en los contextos rurales. Prácticamente, todos los entrevistados coincidieron en estos discursos de que no se debe romper el vínculo con la esposa o pareja. Estos preceptos están asociados a la religión, pero, en la práctica, no siempre se es coherente. Gamaliel y Guillermo confesaron que, como hombres, cuando hay oportunidad de ser infiel, se hace.

Es algo que puede resultar algo contradictorio, porque pues siempre desde que somos chiquitos nos van diciendo que esto, que aquello, pero, pues luego, uno descubre que no siempre se da como te dicen. El hombre cuando puede, aprovecha, y se mete con otra mujer y así. (Gamaliel, 36 años, comunicación personal, septiembre de 2020)

Uno no es de palo. Con tanta mujer bonita, por mucho que uno no quiera, voltea a ver. Así somos los hombres. Qué se le hace. Que el padre nos dice: “hay que respetar a la mujer”, pues sí, la respeto. Total, si ella no lo sabe, qué importa. Bien dicen que lo que tu mano derecha hace no lo sepa la otra, pues así. Aquí en el pueblo pos no, verda’, pero pues uno va a Villa [Villahermosa] y allá es fácil *comerse* a alguien y ni quién se entere. Para qué nos hacemos menso. Es mentira eso de que los casados nos conformamos con una. Hasta los más santitos se han de perder en alguna ocasión. (Guillermo, 38 años, comunicación personal, agosto de 2020)

Aunque, desde su discurso, Gamaliel aseguró que no ha sido infiel (en la práctica), se dejó leer que, si no fuera por los celos y el miedo a la ruptura de su matrimonio, lo sería. Incluso, se le cuestionó sobre si fantaseaba con prácticas sexuales con dos o más personas, y respondió que si pudiera realizar un trío, sería “con dos mujeres al mismo tiempo. Aunque con una mujer celosa, ni pensarlo” (Gamaliel, 36 años, comunicación personal, septiembre de 2020). Y es que el hecho de fantasear es una recurrencia, aunque no se comparte con sus parejas. “El que da y quita, con el diablo se desquita, dicen por ‘ái’, así que mejor ni jugarle, no sea que al final mi vieja

le guste más otro y me deje por alguien mejor”, confiesa Guillermo (38 años, comunicación personal, agosto de 2020).

Sin duda que estas ideologías persisten. Incluso, en el caso Gerardo, quien es homosexual, pero está casado con una mujer; el hecho de mantener el compromiso se queda sólo en la promesa hecha. Aunque él narró que se casó muy joven, el haber sido criado bajo las enseñanzas del catolicismo no fue suficiente motivo para mantener su fidelidad a la esposa. Se le cuestionó si su primera experiencia con otro hombre fue el parteaguas para romper esa idea del “pacto”, y mencionó que no.

Desde antes de darme cuenta de que me atraían los hombres, yo ya le había sido infiel a mi mujer. Es que te digo, una cosa es lo que te dicen en la iglesia, y muy distinto lo que ves en la realidad. Cuando uno convive con los compañeros te cuentan sus aventuras y uno también lo quiere hacer, quizá como competencia. Y pues apenas se dio un chance con una compañera del trabajo, pues me acosté con ella. Y pues así tuve otras aventuras hasta que me descubrí atraído por otro hombre, y a partir de ahí, sólo con otros hombres me he acostado desde hace como 10 años. (Gerardo, 40 años, comunicación personal, septiembre de 2020)

Si bien es cierto que en la realidad se asume que los hombres son infieles “por su naturaleza”, se planteó el escenario de cómo reaccionaría si fuera su esposa quien asumiera el papel de infiel, comentó: “Pues la neta no me he planteado eso. Ella es muy recatada; no creo lo haga. Pero, quizá como yo lo he estado haciendo por varios años, no me molestaría, o quizá sí. No lo sé” (Gerardo, 40 años, comunicación personal, septiembre de 2020).

Se pensaría que los hombres más jóvenes tienen una forma diferente de pensar respecto al concepto de fidelidad, sin embargo, para Gabriel (26 años), aunque en el catolicismo se le enseñó que los hombres deben ser fieles, ninguno aplica dicha regla en su vida. Se reproduce el diálogo a continuación, para ejemplificar este posicionamiento.

López. Yo siento que ahí está, pero nadie es fiel.

Gerson. ¿Tú eres fiel?

L. No.

G. Pero si la religión dice que tienes que serlo.

L. Pues hay muchas cosas que la religión dice que no debemos hacer, pero, pues hasta las personas apegadas a la iglesia lo hacen. Eso no quiere decir que yo también lo deba hacer, pero no siento que sea una persona que sea fiel. En su tiempo quizá sí, pero ahora ya no. Según la iglesia, ser fiel es serlo en absoluto a tu pareja; ya luego se va a la traición. No todas las personas están dispuestas a cuidar, respetar y amar a su pareja, es decir, que no hace algo malo que traicione la confianza de esa persona.

G. Entonces ¿desear sexualmente a alguien en el pensamiento ya sería motivo de no ser fiel, aunque se ame, cuide y respete a la otra persona?

L. Desde la religión no sería fiel. Ya no estaría siendo fiel, porque por el simple hecho del pensamiento ya estaría faltando el respeto, por tener una imaginación no apropiada. Por eso, bajo ese concepto, no sería fiel.

Actitudes hacia la fluidez sexual

Los estudios sobre la sexualidad se han orientado desde diversas ópticas. Kinsey, por ejemplo, mostró distintas maneras en que se explora el placer sexual asociado a diversas prácticas. A partir de las interacciones, diseñó una escala donde situó más niveles asociados a lo que hoy se conoce como fluidez sexual. En su escala, la parte central es ocupada por la categoría bisexual, pero el hecho de experimentar diversidad de situaciones con personas de su mismo sexo (o del contrario) puede colocar a hombres en diversas etiquetas.

Respecto al entrevistado Gamaliel, aunque intenta comprender que hay personas bisexuales y les manifiesta respeto, confunde y le resulta increíble que puedan darse casos de personas que tengan la “facilidad” de entablar una relación sexo-erótico-afectiva, con alguien de su mismo sexo y también con alguien de su sexo contrario.

La neta, pues no sé si sea real eso de que a uno como hombre le guste otro hombre y al mismo tiempo una mujer. Es confuso. Así machín, dudo que exista eso, pues uno es hombre y le deben gustar las mujeres. O si te gustan

los hombres, pues eso, pero los dos no. (Gamaliel, 36 años, comunicación personal, septiembre de 2020)

Durante la entrevista se cuestionó sobre las posibilidades de que él como hombre pudiera interesarse en otro, o si en algún momento de su vida se le presentó una situación donde haya establecido vínculos eróticos-sexuales con algún varón. Tanto el aspecto actitudinal como de comportamiento fueron coincidentes en forma negativa.

Por el contrario, en una charla informal con dos hombres asumidos como homosexuales, uno relataba:

Pues fíjate que no. Aquí es comprensible que haya personas homosexuales. Quizá sí te pueden criticar en su mente, pero no te van a mirar feo o decir algo, pues respetan. Incluso para cuando es el carnaval y que los hombres se visten de mujer, hasta las mujeres te prestan sus zapatos y te animan a vestirte. (Gerónimo, 35 años, comunicación personal, agosto de 2020)

Cuando se comentó sobre el carnaval, espacio que hombres usan para travestirse, se cuestionó si sólo gais o también heterosexuales son los que asumen personajes femeninos. Uno de ellos comentó que son más los hombres hetero quienes participan en esta actividad. “O quizá son mayates que se liberan esos días. Pero sí, aquí en el poblado hay esa apertura” (Gustavo, 30 años, comunicación personal, agosto de 2020).

Igualmente, resultó de interés que Gamaliel considera que los hombres que se “visten” como mujer pueden confundir a otros hombres [heterosexuales], y por ello éstos mantienen prácticas y relaciones sexuales, aunque “se supone que uno es hombre y si te metes con un maricón, pues también eres maricón. No es que no se dé cuenta, porque pues uno ve que es hombre” (Gamaliel, 36 años, comunicación personal, septiembre de 2020). En su imaginario no se concibe la posibilidad que hay varones que sienten placer con personas no binarias o, incluso, con otros varones. Tampoco relacionó que existen hombres que intiman con otros por un beneficio (económico, material) sin tener que ver afectada su identidad sexual.

Sin embargo, la realidad en el poblado dista mucho de ser diferente desde la percepción de dos hombres homosexuales, a quienes se les cues-

tionó si, desde su conocimiento o experiencia personal, saben de heteros que tienen prácticas sexuales con otros hombres.

Uy, bastantísimo. Abundan. Luego entre el cotorreo se empiezan a insinuar. A veces hasta de quien menos lo piensas. Una vez me tocó que uno me estuvo rozando la pierna, pero ni caso le hice. Luego hay unos que te buscan, incluso teniendo novia o mujer, pero quizá les gusta experimentar o quién sabe, pero ahí andan. (Gerónimo, 35 años, comunicación personal, agosto de 2020)

Posteriormente, se preguntó si esos hombres se asumen como no heterosexuales o rechazan o niegan que en determinado momento tuvieron un encuentro sexual con otro varón. Uno de los informantes mencionó que algunos sí:

Hasta bromean con eso, de que me comí a éste o a aquél. Pero es más de los jóvenes, los más grandes no cuentan eso. Ellos bien machos, aunque una sepa que ya se lo comió una o otra amiga. Algunos se casaron para disfrazar su homosexualidad, pero una les conoce el aura. El radar se les ve. Y cuando beben, algunos aprovechan para liberarse. Como dicen, en un pueblo todo se sabe, y por más que lo quieren ocultar, pues no. Hay uno que tiene a su amante de planta, y a otros que se come de vez en cuando. Se va a Villahermosa para poder estar con su amante, pues acá tiene a su mujer e hijos. Pero es bien loca *ella*. Se le nota a kilómetros. Es que como hace años pues era más difícil ser maricón, pues los obligaban a casarse. Pero ahora pues ya hay más respeto y ya hay libertad de ser como una es. (Gustavo, 30 años, comunicación personal, agosto de 2020)

Esta afirmación coincide con el testimonio de Gerardo, cuando se le cuestionó si su apariencia de macho está intacta, expresó:

Pues a estas alturas de mi vida, espero que sí. Ya sabes, por la familia. Pues, como te dije, estoy casado y con hijos, y pues ya uno no está para andar provocando escándalos. Además, la vida en los pueblos no es igual que en la ciudad, donde poca importancia se les dan a esos asuntos. Aquí si se descu-

bre se es fácil ser la comidilla y burla, y no voy a exponer a mi familia a un problema así. (Gerardo, 40 años, comunicación personal, septiembre de 2020)

Si bien de los diez participantes, todos se asumen como varones, como se mencionó al categorizarlos, cinco se identifican como hetero, tres como homosexuales y dos como bisexuales. De esa totalidad, por lo menos nueve sostienen en su vida adulta o mantuvieron en su adolescencia, algún tipo de relación erótica y sexual con otros hombres. A continuación, se despliegan ejemplos (a partir de las narrativas de los que se identifican como hetero) de esas oportunidades, en las que experimentaron alguna forma de fluidez sexual.

Escarceos con “lo homo”

Tenía yo, qué, unos 14 o 15 [años]. Pues se dio así, sin pensarlo. Uno está chamaco, está descubriendo. Estábamos jugando, y pues —ya sabes— la calentura. Nunca me lo imaginé, pero pues ahí estaba yo mamando pito. Todo ocurrió cuando —decimos aquí— fui a recoger nance. Y no es broma, fuimos a recoger nances a un potrero. Ahí fue donde me atrajo la idea de cogérmelo. Él era más pequeño; quizá como 12 años. Estaba agachado y que le voy viendo el culo, pero así con deseo. No me había pasado antes eso. Se lo veía a las mujeres, pero nunca a otro hombre. Me asusté, pero también me gustó. Empecé a preguntarle así, tanteando, cosas sexuales. Quería calentarlo. Pero nada, no aflojaba. Como decía la gente que él era puto, pues ahí quería lanzarme para coger. Aquí no era fácil conseguir una chamaca y yo ya quería mojar. Así que —como dicen— cualquier hoyo es bueno. En una de esas que le suelto, así de golpe, si quería darme el culo. No' más se rió. Uno se apendeja, pues. Pero me dije: “a este me lo chingo”. Y seguí insistiendo. Más grande mi calentura. Entonces, le pregunté: “¿Ya te sale leche. A mí ya, ¿quieres ver?”, y que me saco la verga y me la empiezo a jalar ahí en el monte. Él no hizo nada más que mirarme fijo. Ahí me di cuenta que sí me lo iba a coger. Otro machín quizá se avienta la carcajada o se va, pero él se quedó mirándome el pito. Pero no pasó. Nos fuimos sin decir más. En otra ocasión, me lo volví a encontrar y le volví a lanzar la pedrada. Como ya estábamos casi en la oscuri-

dad, dijo que sí quería. Nos metimos a una casa abandonada y me lo empecé a coger. Y ahí me traicionó la curiosidad. Vi que [él] tenía el pito más grande que el mío, y se me antojó y le dije que me dejara probar. Me agacho y a mamar. De ahí, debimos hacerlo como cinco o seis veces más cada que podíamos. Hasta casi me la metí al culo pa' ver qué se siente, pero *nel*, ya eso era mucho mariconeo. Y más me asusté cuando me puse celoso de otro machín que le andaba llegando. Le decía que no le diera entrada, porque él era sólo mío. Yo no podía sentir amor por él. Sólo era sexo. Así que lo dejé de buscar. (Gonzalo, 34 años, comunicación personal, noviembre de 2020)

Si bien las prácticas sexuales entre varones cis adolescentes se pueden considerar un mito, la realidad es palpable en los testimonios de hombres heterosexuales entrevistados, quienes develaron que durante su juventud mantuvieron relaciones eróticas y sexuales con sus símiles en situaciones no planificadas. Sin duda, el no mencionarlo no implica que esas situaciones no se den en los espacios rurales. Así, se gesta otra realidad homoerótica, a partir del deseo o, como menciona Monsiváis, “lo que uno hace con su cuerpo es muy distinto a lo que uno hace con su vida” (2010, p. 160). Hoy día, esos escarceos entre varones hetero serían una manifestación de la fluidez sexual a partir de la flexibilidad hacia nuevas experiencias, incluidas aquellas con homosexuales.

Así, se reafirman las identidades de hombres que se autonomban hetero, pero que “alteran, de algún modo, el canon de las metáforas genéricas de diferenciación y caracterización erótica dentro de la matriz heterosexual hegemónica”, explican Sotelo *et al.* (2021, p. 9). Y el deseo puede quedarse ahí, en la fantasía, sin trascender, porque el estigma, el miedo y la vivencia personal está marcada por los cánones sociales y morales-cristianos, que resisten ante la necesidad corporal de la intimidad con otros varones. “No te voy a negar que ya no me atraiga la idea de volver a coger con él o con otro macho. Pero estoy casado y sólo dejo esas ideas en mi cabeza para excitarme, por calentura pues” (Gonzalo, 34 años, comunicación personal, noviembre de 2020).

El coqueteo (y algo más) con los primos

Las experiencias eróticas y sexuales de los informantes que se asumen como hetero no siempre fueron con mujeres. De los cinco casos bajo esta identidad, por lo menos cuatro tuvieron prácticas con otros varones cis durante su adolescencia y juventud. Aunque en su vida adulta, por elección, sus vínculos son exclusivamente con mujeres. Dentro de los testimonios, una categoría encontrada fue el homoerotismo con familiares, principalmente, con primos. Esta situación no fue exclusiva en las narrativas de los varones homosexuales, sino también entre los bisexuales y tres de los heteros. En todos los casos, la “primera vez” fue con un pariente. Esta recurrencia —se puede afirmar— se da por la cercanía y la oportunidad que representa tener a alguien “de confianza para experimentar” (Gilberto, 34 años, comunicación personal, enero de 2021).

Todo empezó cuando vi porno por primera vez. Era la casa de un tío donde varios chavitos nos reunimos a jugar algunas veces. Sin querer, aquella ocasión uno de mis primos más grandes estaba viendo una peli de las prohibidas. No se dio cuenta que lo estábamos espiando los demás chicos, hasta que nos empezamos a reír y nos descubrió. Nos dejó ver la película con él. Ese fue mi mate. Ahí vi cómo se hacía sexo oral, que educadamente así se le dice, ¿no? Y ahí fue que empecé a sentir un cosquilleo por probar eso, de meterme un pene a la boca. La idea no se me quitó y necesitaba hacerlo, así que en una ocasión mientras me quedé en casa de otro primo, me lancé a chupársela mientras él dormía. No sé de dónde tomé valor. Me sentía raro por el miedo que me descubriera y me golpeará, pero a la vez excitado por lo prohibido. Ya sabes, a uno desde pequeño le van metiendo la idea de que todo es pecado. Ahora que soy adulto sé que no y lo disfruto. Pero en aquellas épocas, moría de miedo porque me descubrieran. Y vaya que lo hicieron. Mi primo no tardó en despertar. Para mi fortuna, no se enojó, sino que le gustó. Y lo hicimos varias veces, hasta la cuenta perdí. Con él descubrí muchos placeres y fue el primero que me penetró, aunque no el único. Me comí a otros primos, es la ventaja de ser de familias grandes. Cuando empezó todo tendría quizá unos 12 años. Todavía como a los veintitantos me comí al último. Lo malo que

luego se casan y lo dejan a uno con las ganas, pero eso de que al primo se le arrima es verdad [...] Aunque la gente piensa que soy gay, la realidad es que también me gustan las mujeres. Incluso, en mi adolescencia, también tuve relaciones con una que otra mujer. Una ocasión te escuché hablar sobre las expresiones de género, y creo que eso es lo que refleja mi comportamiento y hace que la gente crea que soy maricón, como se dice vulgarmente. Y como parte de mi bisexualidad he aprendido a disfrutar de muchas maneras. Es lo bueno de explorar y no quedarse con las ideas que se tienen en los pueblos. (Giovanni, 36 años, comunicación personal, marzo de 2021)

La duda me dio cuando escuché que alguien dijo que mi primo X era *shoto*. Él era unos dos o tres años menor que yo, pero se decía que ya había comido reata. Yo a mis 16 no había probado nada, más que jalármela. Siempre me criaron en la religión y te dicen que hay que cuidarse, que el respeto, que la virginidad, que las niñas llegan vírgenes al matrimonio, pero nunca explicaban nada más. Todo era prohibido. Escuchaba en la secundaria que mis compañeros hablaban de que tenían sexo, que habían visto a tal vecino con tal chava, que los maestros hacían no sé qué... en fin, todo era sexo, pero yo no había probado nada. Cuando oí *eso* de mi primo me hizo recordar que más niños jugábamos siempre juntos, incluso, nos bañábamos juntos. Y fue ahí donde me vino a mi recuerdo que, en una de esas ocasiones, en el baño de mi casa se ponía una piedra en el hueco donde se iba el agua. Así lo tapábamos y formábamos nuestra alberca, juego de niños. Y en esa ocasión él se acostó haciendo como que nadaba y yo, por impulso, me acosté sobre él y empecé a frotarme. Eso que te digo tendría yo como qué, unos 12 años. Y ya luego se paró y yo me acosté e hizo lo mismo. Fue algo placentero, pero sin morbo. Uno en esa época todavía era inocente. Ya a los 15 o 16 fue cuando pasó. Por mi religión nos mandaban a campamentos de jóvenes y allá fuimos. Como los espacios para bañarse eran pocos, nos tocó bañarnos afuera juntos. Y volví a verlo desnudo, pero ya crecido. Y allá fue donde tuvimos sexo, aunque nunca lo miraba a la cara. Siempre lo ponía de espalda. Creo por la culpa que me daba, aunque fueron varias veces ya en nuestras casas, cuando había chance. Sólo se la metía y ya, no hacíamos nada más. Ni abrazos, ni besos. Hasta que una ocasión me tocó el pene y me masturbó. Como se me quedó viendo sentí pena. Y fue la última ocasión que tuvimos sexo. De ahí me con-

seguí una novia, luego otra y ya me casé y dejé esos vicios en el pasado. Creo que, si no hubiera sido por la curiosidad y la calentura, no lo habría hecho con otro hombre. (Gilberto, 34 años, comunicación personal, febrero de 2021)

Me cogí a dos de mis primos. No entraré en tantos detalles. Sólo te puedo decir que fue una experiencia agradable para mí, fue algo que disfruté demasiado. Incluso, con uno me atreví a dejarlo que me la metiera, pero eso no me gustó, dolía terriblemente. Eso fue cuando era un chamaco queso. Ya después con la presión social tuve que matrimoniarme. Sí, la gente empieza a hablar, que si esto, que si aquello. Es molesto. Y por eso tuve que buscarme una novia y casarme hasta por la iglesia. Aunque sí, te confieso que en total me comí a cuatro hombres en mi vida: mis dos primos, otro chamaco del pueblo y uno más fuera de aquí. ¿Que si ya no me dan ganas? A veces sí, pero pues no. Ya tengo hijos y 'ónde habrase visto que un macho ande cogiendo con otros. Esos desmadres eran cuando joven. (Guillermo, 38 años, comunicación personal, agosto de 2020)

El hecho de haber tenido una primera experiencia sexual con otro varón (en estos casos, con familiares) no significó que esa práctica definiera la orientación sexo-erótico-afectiva de los participantes. Es decir, intimar entre hombres no necesariamente implicará un cambio en la identidad sexual de las personas, ni tampoco determinó las preferencias en forma permanente. Si bien, durante un periodo de vida (adolescencia-juventud) sus encuentros homoeróticos eran continuos, al encontrar una novia y casarse, desaparecieron, ¿o no?

¿Y en verdad es pecado?

Te diré algo que nadie más sabe: he cogido con otros fulanos. Pasó cuando era un puberto y siguió pasando después de casarme. La primera vez fue con un morrito de mi familia. Lo fui acorralando hasta que cayó. Uno es mañoso para esos asuntos y lo convencí con mi sonrisa y mis gestos para provocarlo. Sé que suena feo, sobre todo porque soy cristiano, pero pues así pasó en mi vida. La primera vez estaba yo quizá en la secundaria to'avía. Digamos que lo

hice mi *mujercita* por algunas ocasiones, hasta que se cansó de mi reata, quizá, no sé bien qué pasó. Ya no supe qué se hizo, quizá siguió en esas andadas [...] Aunque me obligaban a ir a la iglesia, eso no me gustaba. Se me hacía una perdedera de tiempo. Y te echaban miedo por todo. El pecado, decían los pastores. Así que lo dejé de coger cuando tenía como 17 años, y ya me eché una novia. Pero extrañaba coger. Así que también me busqué a una doña a quien me cogía en cualquier chance, pero no era igual, pues no le gustaba chuparme la reata. De ahí, me busqué otro morrito. A ese me lo echaba cuando había chance, porque no era fácil encontrarlo en un lugar discreto. Y volvió a mi cabeza otra vez lo del pecado. Me digo entre mí, si es pecado, ¿por qué es tan rico ese placer? Y pues así estaba hasta que mi novia se dejó coger, pero se embarazó y nos tuvimos que casar. Después que me casé y tuve mi primer hijo, ya ahí como que senté cabeza y como que me comporté y me metí más en la religión. Ya hasta me puse en plan de predicar y decirme que eso que hacía era pecaminoso ante los ojos de mi dios. Un día le prometí comportarme como un macho como él manda, que me ayudara a alejar esos pensamientos y deseos. Pero a mi cabeza volvía esa excitación de recordar cuando se la metía a esos morritos. Pasó un tiempo y lo controlé, pero me aburría coger sólo con mi mujer, así que busqué a otra chava y era mi amante por un tiempo. Hasta pensé en dejar a mi mujer para juntarme con ésta. Pero de nuevo, el llamado de mi señor me hizo entrar en razón. Tuve mis otros hijos y como que me tranquilicé otra vez. Hasta hace como cinco años que volví a caer en pecado. Hace un tiempo me encontré, sin querer, una tarde en una parcela con un chamaco de esos universitarios que vienen ahora. Andaba yo caliente y se me insinuó y yo me le insinué. Esa vez pasé una barrera que antes no había permitido. Lo dejé que me besara en el pecho. Sentí que me gustó, pero luego sentí asco y ya no lo dejé seguir. Solo quería meterla, vaciarme e irme. Y así lo hice. Sólo me gusta que sean mis *mujercitas*, pero sin besos ni caricias, así como hombres no'mas, no como *shotitos* que ya hasta se quieren casar. Para abrazar y besar está mi esposa. Así que ahora sabes que sí le he entrado a mis aventuras con otros chavos, pero no es que lo haya hecho muchas veces, no, pero pues sí en diferentes etapas de mi vida. Eso sí, sin dejar de ser un macho. (Gaspar, 38 años, comunicación personal, noviembre de 2020)

El hecho de profesar una religión refleja esa dicotomía entre el bien y el mal que se presenta a nivel ideológico, pero, en los actos, el instinto y el placer predominan ante la idea de pecaminosidad (en algunos casos, brevemente, como consecuencia de la culpa). El miedo, de forma momentánea, paraliza la necesidad de intimar con otros hombres, pero mientras no se sepa, la integridad de la masculinidad permanece intacta, sobre todo, cuando en público tienden a feminizar a los “anormales” para evitar evidenciar su fragilidad ante esos cuerpos de varón.

Estas posturas de feminizar lo que se sale del molde heteronormado es un común entre los varones rurales, incluso, aunque algunos hayan tenido experiencias homoeróticas en algún momento de su vida. Ver al otro como inferior, al adjetivarle con desprecio, le otorga cierto poder para reconocerse superior en la situación donde se tiene una práctica sexual con otro hombre. Específicamente, en quienes asumieron un rol insertivo, esta predominancia machista se hace evidente no sólo en las palabras sino también en las posturas y en el énfasis al narrar sus fogueos con sus símiles, porque, aunque no lo nombraron como tal, en la mayoría dejaron entrever que *los otros* debían contar con una expresión de género masculina tradicional, es decir, alguien viril, porque no se iban a acostar con *una loca*, a quienes aún en la actualidad se les repudia, escribe Monsiváis (2010, p. 145). La identidad, así, no se supedita —en sus actos íntimos— a con quienes se acuestan ni coquetean; su identidad se basa en la apariencia y comportamiento ante el resto de la sociedad, que le otorga el privilegio de una imagen pública de hombres “bien hombres”.

¿Qué tanto es *tantito*?

Si bien en la sociedad se sabe de la prostitución que ejercen mujeres (cis y trans), lo cierto es que pocas veces en el imaginario rural se concibe a varones desarrollando esta actividad. Aunque no es tema de esta investigación, una realidad asociada a las “primeras veces”, como práctica sexual en los hombres, es su iniciación con sexoservidoras, sobre todo, en los ámbitos urbanos, pues en los pueblos está mal visto “ir con las putas y mucho peor, que las haya” en el terruño (Gonzalo, 34 años, comunicación perso-

nal, noviembre de 2020). En ese sentido, quienes desean contratar a una deben trasladarse a la ciudad o bien intentar, de manera disimulada, “convencer con obsequios” a una mujer de la comunidad para satisfacer sus pretensiones sexuales.

Pero qué ocurre con aquellos varones homosexuales que aspiran a cumplir la fantasía de “comerse a un hetero”. Ahí surgen los hombres hetero que, a cambio de cierta gratificación, acceden a vincularse sexual o eróticamente con quien paga. Si bien dentro de los entrevistados con identidad heterosexual ninguno afirmó haber accedido a recibir algún apoyo económico o en especie, no significa que en la localidad no los existan. Quizá entre los chicos de las nuevas generaciones sea “más común” recibir esas propuestas, porque se encuentran más abiertos ideológicamente, y pueden “ceder al negocio porque se saben atractivos para las locas, quienes los buscan y les pagan o los consienten. Y esos mayates están en todos lados” (Gerónimo, 35 años, comunicación personal, agosto de 2020).

Pues sé de algunos que se dedican a eso. Una vez, incluso, “contraté” a uno a cambio de un cartoncito [de cerveza]. Dijeran, ya pedos aflojan y sí. Luego me entero de cada historia. Pero son los más jóvenes que le entran. O quizá en alguna cantina le puedes coquetear un poco a uno, y empezar a convencerlo. Ya luego te lo llevas y, con chance, hasta lo volteas. Quizá no llegues a eso, pero sí hay quienes se dejan hacer sexo oral o te penetran si “los convences bien”. Se dice que X le entra al bisne, pero no con cualquiera. Es de esos machitos que se pavonean con su mujer, pero que cuando le llegas al precio, hasta el culo se dejan mamar. (Giovanni, 36 años, comunicación personal, marzo de 2021)

Esos varones cis públicamente mantienen una vida heterosexual, pero, en ciertas circunstancias, sin problemas o remordimientos pueden tener una relación sexual con hombres homosexuales. A veces ocurre por un beneficio que, según los informantes, puede ser alcohol, cigarrillos u otras drogas, incluso, dinero.

Gerardo y sus máscaras

El caso más revelador durante el proceso de campo fue el del informante al que se nombra Gerardo (40 años). Ha constituido su vida pública como hombre heterosexual, pero reveló que en realidad es homosexual. Para él, asumir su verdadera identidad ha resultado complicado al jugar dos papeles en su vida, aunque le resulta más cómodo mantener esa situación, pues asegura, es feliz: “dentro de lo que cabe. Tengo una bonita familia. Un matrimonio tradicional, estabilidad económica, y pues, ocasionalmente, atiendo mis necesidades sexuales” (Gerardo, 40 años, comunicación personal, septiembre de 2020).

Hace algunos años pues quizá te habría dicho que soy heterosexual, porque eso creía, pero, pues en mi realidad, me asumo como homosexual porque en realidad lo soy. Pero, por mis decisiones, llevo públicamente una vida como hombre heterosexual, y así asumen que soy. Como te digo, me asumo como gay, pero pues con vida de heterosexual. No te diré que soy bisexual, porque en realidad no lo soy. A mí me gustan los hombres. A mis cuarenta años sé que soy maricón, pero estoy casado con una mujer, y así continuará siendo mientras pueda ocultarlo [...] Pues la vida pública pareciera que es la más importante, porque es lo que se percibe y a lo que hay que cuidar. Pero, en ese cuidado, a veces siento que he descuidado también mi persona, y así, literal, asumo una vida pública como macho heterosexual católico y ejemplar, pero también mantengo una doble vida porque me gustan, deseo y disfruto a los hombres y mantengo relaciones sexuales ocasionales con ellos. Y aunque sé que desde mi formación religiosa esto es pecado, pues, el cuerpo es el cuerpo, y hay que darle gusto. (Gerardo, 40 años, comunicación personal, septiembre de 2020)

Esa afirmación es coincidente con parte del proceso que enlista Núñez (2015, p. 195), donde afirma que “el individuo está consciente de tener sentimientos o deseos sexuales hacia personas del mismo sexo”, se asume como homosexual en su individualidad, pero no lo ha aceptado como tal, para con otras personas, con las cuales crear una red que configure una

identidad colectiva, lo que le lleva a tener nociones de culpa al tener una doble vida basada en el pecado.

Los patrones culturales pareciera que en el ámbito rural son estáticos. Sin embargo, es notorio que acceder a educación provoca determinados cambios. Aunque ello también depende de otros factores, porque cuando predominan las ideas religiosas, es más complicado que se dé esta ruptura ideológica para gestar permutas en favor de la igualdad, de la inclusión y de la tolerancia a las diversidades. Se ha constatado —ya sea por la experiencia personal de los informantes o por conocimiento de otros casos— que algunos hombres rurales en algún momento de su vida han tenido prácticas eróticas y sexuales, incluso, afectivas con otros varones, lo cual los podría catalogar con una sexualidad fluida.

Sin embargo, pese a esas prácticas que incluso en algunos casos permanecen, las ideas machistas, el estigma y el miedo son factores que impiden asumir en su vida pública esa verdadera identidad. Por ello, se cobijan bajo la figura de la masculinidad tradicional, en lugar de establecer en sus vidas nuevas maneras de ser hombre y de vincularse, así como romper con los patrones marcados por la sociedad heteronormada y monogámica.

En las nuevas generaciones es más posible encontrar casos donde se asuman, quizá no como bisexuales, pero sí reconozcan que en determinados momentos de sus vidas han experimentado, por diversas causas, prácticas sexuales entre varones, y que incluso las han disfrutado. Pero el hecho de hablar del placer sexual resulta vergonzoso para muchos, ante las posibles críticas que pueden sufrir por otros compañeros o por personas de su localidad.

A propuesta de cierre... ¿temporal?

En la época actual, la sexualidad persiste para muchas personas como tema tabú. El hecho de ser y hacer consciente este aspecto en la vida individual, y también como parte colectiva, limita el bienestar físico, emocional y mental, porque la moral basada en el cristianismo sigue marcando las pautas, pensamientos y comportamientos en diversas sociedades. Ello impacta enormemente en el proceso de interacción y de socialización, principalmente, por preceptos basados en el género.

Las prácticas sexuales no están ajenas a estos indicadores definidos para el comportamiento de un hombre rural (sin importar su orientación sexo-erótico-afectiva), donde las relaciones de poder marcan también esas actividades realizadas para satisfacer el placer sexual, y el papel dominante es asumido como propio del varón, incluso, en experiencias no heterosexuales.

Las pautas obtenidas a lo largo de la vida de diez hombres de una comunidad rural les han marcado en su identidad personal, pero también como colectivo, al compartir similitudes: ser varones cis criados bajo las ideas de una masculinidad tradicional en un contexto donde poco a poco la diversidad sexual ha ido ganando terreno, y donde las prácticas sexuales entre hombres (no necesariamente homosexuales) suceden, aunque muy pocas veces se habla de ellas. Así, la fluidez sexual no está peleada con el hecho de identificarse heterosexual, porque en algunos momentos de su vivencia han “probado” o experimentado alguna situación, donde se atiende más al placer coital que a toda una vivencia emocional, incluso, con otros varones.

Es plausible que, en estos contextos rurales, también existan hombres que, pese a la idiosincrasia que aún permanece, se asuman y ejerzan una vida pública como homosexuales, al grado de aceptar su identidad, la cual manifiestan “feminizando” a otros varones a quienes identifican como homosexuales, pero que no se asumen bajo esa etiqueta. Hay quienes afirman que en los pueblos se conoce a todo mundo, y pareciera cumplirse este dicho cuando se puede asegurar quiénes tienen prácticas homosexuales o bisexuales o, incluso, de hombres hetero que en algunas circunstancias han tenido una relación con otro varón. Así, la privacidad pareciera no es tan velada, porque estas actividades parecieren ser del conocimiento público.

Pese a ello, es difícil que esos hombres reconozcan que mantienen o que, en algún momento de su vida, tuvieron una práctica sexual con un varón. A excepción de uno de los entrevistados, que se asume actualmente como homosexual, aunque en su vida pública se le identifique como heterosexual casado, con hijos y católico, como él describe. Pero que en su identidad individual resulta frustrante —inclusive, un detonante de culpa— el hecho de tener experiencias con otros varones, porque es en realidad lo que a él gusta. Sin embargo, reconocer públicamente su verdadera identidad implicaría pérdidas que no está dispuesto a vivir.

El acceso a las tecnologías que permiten conocer información diversa, así como el hecho de haber tenido oportunidad de una formación superior o el contar con una universidad en el poblado, donde transitan personas con distintas cosmovisiones, pueden ser los mecanismos para que poco a poco, en la localidad, se vayan modificando los prejuicios hacia prácticas y personas disidentes de la hegemonía marcada por el conservadurismo y la moral cristiana, donde se percibe a las relaciones heterosexuales como las únicas válidas.

Asimismo, el que más mujeres puedan ingresar a estudiar ha facilitado que hombres modifiquen sus maneras de percibir las y que, incluso, se conviertan en colaboradores de actividades que, por décadas, se asignaban exclusivamente a las mujeres. Esos patrones machistas lentamente están derribándose, aunque falta mucho por lograr.

Generacionalmente, se podría asegurar que los varones *millennials*, en sus prácticas sexo-erótico-afectivas, han ejercido la fluidez sexual, aunque

no siempre se valide esta realidad. Como aseguraba uno de los entrevistados, ya que no existían soportes para evidenciar, era más fácil que heterosexuales se relacionaran con otros hombres, porque si lo contaban nadie les iba a creer, sobre todo, si en su apariencia expresaran una identidad de “machos”. En cambio, ahora con teléfonos con cámara o con mensajes que pueden almacenarse, es más complicado relacionarse con esos varones que guardan las apariencias, aunque —en espacios de convivencia donde hay alcohol como las fiestas privadas o el carnaval— muchos “aflojan” o se liberan de sus ideas y disfrutan de su sexualidad, convirtiéndose así, en hetero-flexibles. En otras situaciones se pueden “conseguir” ofreciéndoles algo, tal como alcohol, cigarro, otras drogas, ropa, zapatos o dinero, a cambio de un faje, de una felación, inclusive, una práctica penetrativa. Entonces, se deja abierta una ventana para continuar explorando los comportamientos y actitudes respecto a la sexualidad fluida en varones rurales de Tabasco.

Referencias

- Álvarez, J. L. y Camacho, S. (2013). *Los rostros de la homosexualidad: Una mirada desde el escenario*. Manual Moderno.
- Aluma Cazorla, A. (2012). La visibilidad del homosexual, sus cartografías urbanas y la tolerancia del consumo. *Revista de Humanidades*, (25), 121-144.
- Balbuena, R. (2014). *Gays en el desierto: Paradojas de la manifestación pública en Mexicali*. UABC.
- Butler, J. (2015). Variaciones sobre sexo y género: Beauvoir, Wittig y Foucault. En Lamas, M. (Comp.), *El género: La construcción cultural de la diferencia sexual* (2ª ed.). Bonilla Artigas Editores.
- Cacho, L. (2018). *Ellos hablan: Testimonios de hombres, la relación con sus padres, el machismo y la violencia*. Grijalbo.
- Careaga Pérez, G. (2003). El racismo y el sexismo en las expresiones sexuales. *Revista de Estudios de Género: La Ventana*, (18), 294-310. Universidad de Guadalajara.
- Castañeda, M. (2006). *La nueva homosexualidad*. Paidós.
- Castañeda, M. (2011). *La experiencia homosexual: Para comprender la homosexualidad desde dentro y desde fuera*. Paidós.
- Castellanos, G., Grueso, I. y Rodríguez, M. (2010). *Identidad, cultura y política: Perspectivas conceptuales, miradas empíricas*. Cámara de Diputados y Miguel Ángel Porrúa.
- Castillo, H. (9 de octubre de 2018,). Inventario de roles de sexo de Bem (BSRI). *Geosalud*. <https://bit.ly/3PNngin>
- Cuevas, A. J. (Coord.) (2014). *Familia, género y emociones: Aproximaciones interdisciplinarias*. Juan Pablo y Universidad de Colima.

- Diamond, L. M. (2009). *Sexual Fluidity: Understanding Women's Love and Desire*. Harvard University.
- Díaz Benítez, M. E. (2013). Algunos comentarios sobre prácticas sexuales y sus desafíos etnográficos. *Apuntes de Investigación del CECYP*, 16(23), 13-33.
- El Blog del Mayate* (16 de diciembre de 2016). ¿Cómo diferenciar entre mayate, chacal y chichifo? <https://bit.ly/3OKYCxx>
- Enguita, D. (4 de enero de 2020). Bud Sex: Hombres heterosexuales que se acuestan con otros hombres. *La Sexta*. <https://bit.ly/3bjuw6H>
- Excelsior*. (2 de enero de 2020). Cashsexuales: Heteros que tienen sexo gay por dinero. <https://bit.ly/3JdwUIN>
- Fernandes, E. (2014). Homosexualidades indígenas y descolonialidad: Algunas reflexiones a partir de las críticas two-spirit. *Tabula Rasa*, (20), 135-157.
- Franco Morales, F., Correa Molina, E., Venet, M. y Pérez, S. (2016). La relación entre actitudes y conocimientos sobre diversidad sexual. *Cultura y Educación: Culture and Education*, 28(3), 514-538.
- Gasch Gallén, A. (2016). *Las prácticas de riesgo entienden de género. Masculinidades y prácticas de riesgo en hombres que tienen sexo con hombres* [Tesis]. Universidad de Zaragoza.
- Giménez, G. (2009). Cultura, identidad y memoria. Materiales para una sociología de los procesos culturales en las franjas fronterizas. *Frontera Norte*, 21(41). El Colegio de la Frontera Norte. <https://bit.ly/3zNYOrD>
- Godelier, M. (1986). *La producción de grandes hombres: Poder y dominación entre los Baruya de Nueva Guinea*. Akal.
- Gómez, Á, Pérez, S. y Verdugo, R. (2016). Dominación, sexualidad masculina y prostitución en España: ¿Por qué los hombres españoles consumen sexo de pago? *Convergencia: Revista de Ciencias Sociales*, 23(71), 149-174.
- González, D. (2008). "Cada uno sabe su secreto", una aproximación a la relación carnavalesca y homosexualidad. *Memorias: Revista Digital de Historia y Arqueología desde el Caribe*, (8), 1-3.
- Imagen Radio. (19 de mayo de 2015). ¿Qué es la sexualidad fluida y por qué ha hecho ruido? <https://bit.ly/3cNaSQW>
- INEGI (2020). *Censo 2020*. <https://bit.ly/3OWAgkN>
- Lagarde, M. (1996). "El género", fragmento literal: "La perspectiva de género". *Género y feminismo: Desarrollo humano y democracia* (13-38). Horas y Horas.

- Lagarde, M. (2014). *Los cautiverios de las mujeres: Madresposas, monjas, putas, presas y locas*. Siglo XXI.
- Lagarde, M. (2018). *Género y feminismo: Desarrollo humano y democracia*. Siglo XXI.
- Lamas, M. (2013). *Cuerpo, sexo y política*. Océano.
- López, M. (2018). *Diversidad sexual y derechos humanos*. Comisión Nacional de los Derechos Humanos.
- Martel, F. (2013). *Global gay: Cómo la revolución gay está cambiando al mundo*. Taurus.
- Montesinos, R. (2002). *Las rutas de la masculinidad: Ensayos sobre el cambio cultural y el mundo moderno*. Gedisa.
- Monsiváis, C. (2010). *Que se abra esa puerta: Crónicas y ensayos sobre la diversidad sexual*. Paidós.
- Moral, J. (2011). Homosexualidad en la juventud mexicana y su distribución geográfica. *Papeles de Población*, 17(67), 111-134.
- Moral, J. (2014). Diferencias entre mujeres y hombres en enamoramiento y relaciones sexuales con personas del mismo sexo y preferencia sexual desde la Segunda Encuesta Nacional de la Juventud. *Estudios sobre las Culturas Contemporáneas*, 20(39), 101-128.
- Mueses, H. F., Tello, I. C. y Galindo, J. (2017). Características en hombres que tienen sexo con hombres VIH+ en Cali-Colombia 2012-2015. *Revista Facultad de Salud Pública*, 35(2), 206-215. <https://doi.org/10.17533/udea.rfnsp.v35n2a05>
- Negrín, G., Galindo, T. y Pérez, A. (2020). Configuración del machismo y la homofobia en la identidad de hombres de una familia indígena en Tabasco-México. En V. H. Meriño, E. A. Martínez, A. Z. Atúnez et al. (Coords.), *Gestión del conocimiento: Perspectiva multidisciplinaria* (Col. Unión Global, 26). Universidad Nacional Experimental Sur del Lago Jesús María Semprúm.
- Núñez, G. (2015). *Sexo entre varones: Poder y resistencia en el campo sexual*. UNAM, CIAD y El Colegio de Sonora.
- Pérez, M. (2017). La cadena sexo-género-revolución. *Revista Estudios Feministas*, 25(2), 435-451.
- Posada, I. y Noreña, D. (2014). La infidelidad virtual como una oportunidad de resignificación positiva. *Revista Facultad Nacional de Salud Pública*, 32(1), S116-S122. Universidad de Antioquia
- Piedra, J. (Coord.) (2013). *Géneros, masculinidades y diversidad: Educación física, deporte e identidades masculinas*. Octaedro.

- Ramírez, J. y Uribe, G. (Coords.) (2008). *Masculinidades: El juego de género de los hombres en el que participan las mujeres*. Plaza y Valdés.
- Real Academia Española. (2019a). Hombre. *Diccionario de la Lengua Española*. <https://dle.rae.es/hombre?m=form>
- Real Academia Española. (2019b). Fidelidad. *Diccionario de la Lengua Española*. <https://dle.rae.es/fidelidad?m=form>
- Restrepo Pineda, J. E. (2017). Experiencias migratorias de los varones homosexuales y bisexuales colombianos en España. *Revista Española de Sociología*, 26(2), 201-216.
- Robles, B. (2011). La entrevista en profundidad: Una técnica útil dentro del campo antropológico. *Cuicuilco*, 18(52), 39-49. <https://bit.ly/2SmG7nl>
- Rodríguez, L. M. (2017). Actitudes frente a la diversidad sexual entre los estudiantes de Trabajo Social mexicanos: El contexto regiomontano. *Cuadernos de Trabajo Social*. 30(2), 417-433. <http://dx.doi.org/10.5209/CUTS.52131>
- Roughton, R. (2002). Cuatro hombres en tratamiento: Evolución de una perspectiva sobre la homosexualidad y la bisexualidad. *Revista Internacional de Psicoanálisis Aperturas*, (11). <https://bit.ly/3Sg7vY>
- Salguero, M. A. y Alvarado, R. I. (2017). *Identidad del pescador de barco camaronero en mar abierto: Entre el aguante, el orgullo y la fiesta*. Plaza y Valdés.
- Sirvent, C. (2011). Fidelidad y compromiso en la relación de pareja (El trinomio fidelidad, compromiso y monogamia). *Norte de Salud Mental*, 40(9), 57-71.
- Sotelo, J., Vazquez, M., Zalazar, V., Devoto, M., Linares, N., Orlando, M., Muñoz, M., Palini, S., Adaszko, A., Escobar, J., Maulen, S., Brezzo, C., Facciolla, C., East, M., Isasi, M. y Urueña, A. (2021). *Adolescentes y jóvenes varones que tienen sexo con otros varones: Estudio sobre su salud sexual en AMBA, Santa Fe y Mendoza*. ONU-SIDA, UNFPA y Ministerio de Salud de Argentina.
- Spedding, A. y Vichevich, H. (2016). Homosexualidad rural en los Andes: Notas desde los Yungas de La Paz, Bolivia. *Bulletin de l'Institut Français d'Études Andines*, 45(3) 433-450.
- Torres, A. (1 de julio de 2016). La escala Kinsey de la sexualidad: ¿Somos todos bisexuales? *Psicología y mente*. Consultado el 4 de julio de 2020. <https://bit.ly/3oG3lk4>
- UNESCO. (2 noviembre de 2001). *Declaración Universal de la UNESCO sobre la Diversidad Cultural*. <https://bit.ly/3vpKN0Q>
- Unidad de Salud. (1 de diciembre de 2019). Tengo sexo con otros hombres, pero no soy gay ni bisexual. *El Tiempo*. <https://bit.ly/3vp4Xb2>

- Uribe, J. (2014). Juventud, salud sexual y comunicación. *Estudios sobre las Culturas Contemporáneas*, 29(40), 169-173.
- Vargas Trujillo, E. (2007). *Sexualidad mucho más que sexo*. Universidad de los Andes.
- Vázquez, C. (2012). Hombria, sexualidades y la escurridiza noción de poder. *Revista de Psicología*, 21(1), 85-109.
- Zafra, G. y López, M. (2009). Entre la tradición y la vindicación: la vela de las auténticas e intrépidas buscadoras del peligro, Juchitán de Zaragoza, Istmo de Tehuantepec. En L. Santana y G. Rosado (Coords.), *Género y sexualidad en contextos culturales*. Universidad Autónoma de Yucatán.

Sobre el autor

Gerson Negrín Nieto es Doctor en Estudios de Género y Prevención de la Violencia. Cuenta con el grado de Maestro en Relaciones Públicas y Procesos Directivos, y es Licenciado en Comunicación. Forma parte de la Universidad Intercultural del Estado de Tabasco (UIET) como profesor de tiempo completo, donde además se encuentra comisionado desde febrero de 2020 como jefe del Departamento de Investigación. De julio 2015 a enero 2020 fue coordinador de la Licenciatura en Comunicación Intercultural. Es integrante del cuerpo académico “Sociedad y Diversidad Cultural”, donde cultiva la línea de investigación género, identidad y derechos humanos. Es miembro del Sistema Estatal de Investigadores en Tabasco y cuenta con el Perfil Deseable PRODEP. Sus áreas de investigación se centran en diversidad sexual, identidades de género, inclusión de personas indígenas con discapacidad y comunicación.

ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-3811-747X>

Fluidez sexual en varones rurales tabasqueños
de Gerson Negrín Nieto. Publicado por
Ediciones Comunicación Científica, S. A. de C. V., se
terminó de imprimir en diciembre de 2022, en Litográfica
Ingramex S.A. de C.V., Centeno 162-1, Granjas Esmeralda, 09810,
Ciudad de México, México. El tiraje fue de 500 ejemplares impresos y en
versión digital en los formatos PDF, Epub y HTML.



El concepto de “fluidez sexual” está referido a que las orientaciones y prácticas sexuales en una persona no se mantienen estáticas a lo largo de su vida. Bajo esta premisa, se realizó una investigación cualitativa para visibilizar una realidad que rompe los patrones de la masculinidad tradicional-heteronormada y para evidenciar actitudes y comportamientos sexuales, eróticos y/o afectivos entre varones –de una localidad rural en Tabasco, México– que no necesariamente se identifican como homosexuales o bisexuales.

El contenido de esta obra se centra en brindar elementos teóricos provenientes de estudios del género y las sexualidades, pero contextualizándolos en una ruralidad que no había sido explorada para evidenciar esas otras formas de ser hombre –desde las prácticas erótico-sexuales– presentes en una sociedad imperativamente doble-discursera, que apela a calificar de pecaminoso todo lo asociado a la sexualidad humana, principalmente aquello que disiente de los cánones marcados por la heterosexualidad.

Si bien es difícil que los varones reconozcan que mantienen –o que en algún momento hayan tenido– una práctica sexual con otro varón, se puede asegurar que los millennials entrevistados exploraron situaciones –en su descubrimiento identitario personal y colectivo– que evidencia esa fluidez sexual, principalmente durante su adolescencia. No obstante, en ese proceso enfrentaron frustración e incluso culpa, las cuales intentan ocultar bajo múltiples máscaras en sus interacciones sociales cotidianas.



Gerson Negrín Nieto Doctor en Estudios de Género y Prevención de la Violencia, cuenta con el grado de Maestro en Relaciones Públicas y Procesos Directivos, y Licenciado en Comunicación por la Universidad Juárez Autónoma de Tabasco. Asimismo es docente de la Universidad Intercultural del Estado de Tabasco (UIET). Forma parte del cuerpo académico “Sociedad y Diversidad Cultural”, y cuenta con Perfil Deseable PRODEP desde 2019.



**COMUNICACIÓN
CIENTÍFICA** PUBLICACIONES
ARBITRADAS
HUMANIDADES, SOCIALES Y CIENCIAS
www.comunicacion-cientifica.com



Dimensions



[DOI.ORG/10.52501/CC.065](https://doi.org/10.52501/CC.065)



ISBN-13: 978-6075950006



9 786075 950006